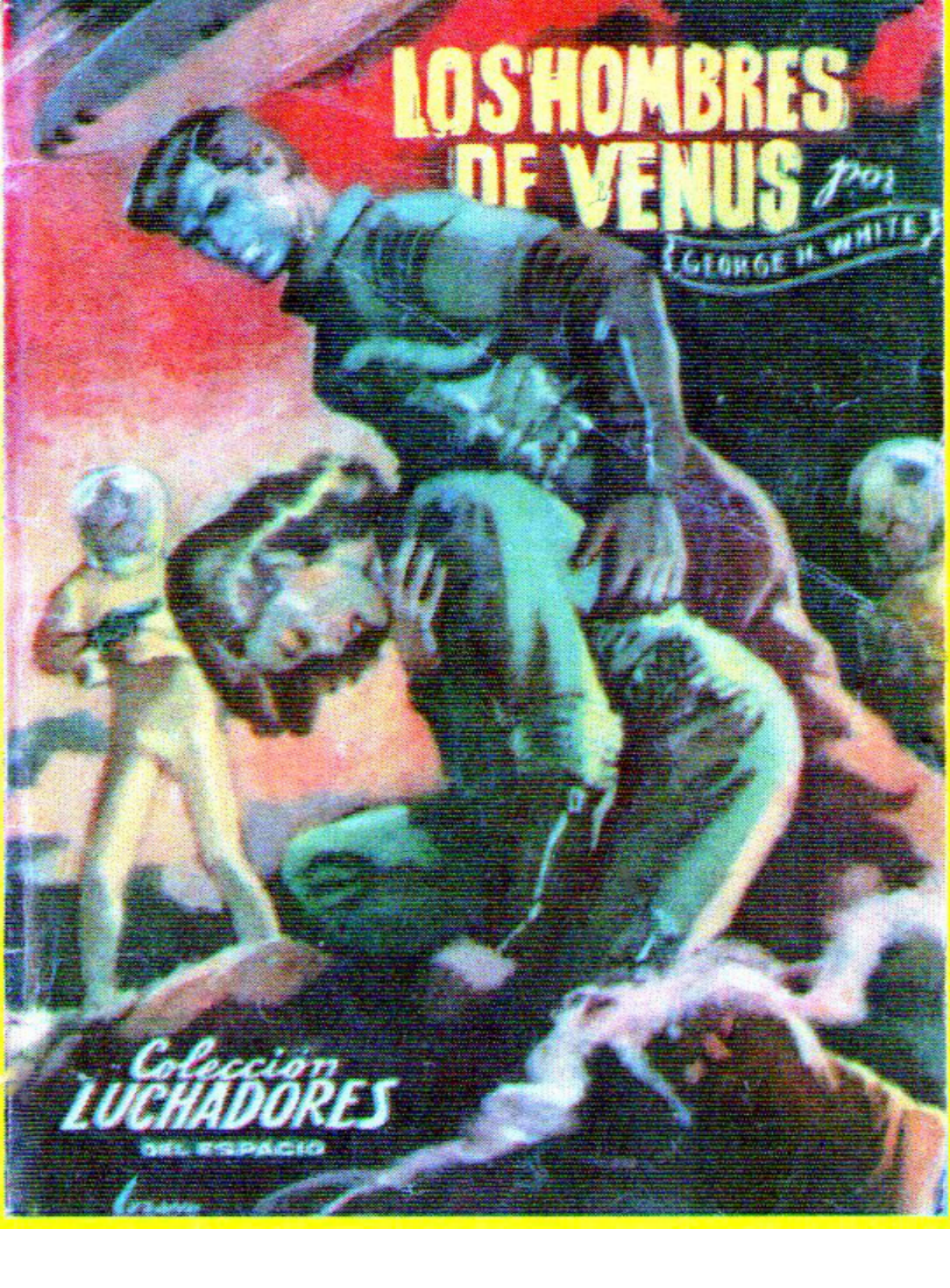

LOS HOMBRES DE VENUS
por
GEORGE H. WHITE
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

CAPITULO PRIMERO

La "Astral Information Office" se creó al mismo tiempo que los demás organismos de la O.N.U., segunda edición aumentada y corregida de la fenecida Sociedad de Naciones

Cuando la O.N.U. se consideró a si misma constituida, atribuyéndose la capacidad total dé mantener la paz en el mundo por todos los siglos' venideros, un representante de nación desconocida y nombre olvidado se levantó para hacer la siguiente sugerencia-.

"Si la O.N.U. era una organización formada con vistas a evitar las guerras, tanto cercanas como futuras, ¿no debería preverse también el caso de que otros planetas atacasen a una o a todas las naciones de nuestra madre Tierra? . El hecho de que hasta el presente no se anunciaran amenazas desde otros planetas, ¿significaba acaso que hubiera de continuar siendo así eternamente? . La existencia de vida en los millones de mundos que poblaban el espacio no había podido ser probada, pero tampoco desmentida. Ni siquiera los planetas relativamente cercanos a la Tierra podía afirmarse con seguridad que estuvieran deshabitados. A mayor abundamiento; si habían en el Universo miles de sistemas planetarios como el nuestro y todavía mayores, y suponiendo que en cada sistema planetario existiera un mundo capaz de mantener vida, tuno solamente por cada sistema! , resultaba de un sencillo cálculo que en el cosmos giraban camino de la eternidad varios miles de mundos como el nuestro. Siendo así, no era fantástico esperar que cualquier día, dentro de mil años o solamente de unas horas, una poderosa escuadra aérea, conducida por hombres, por bestias o sólo Dios sabía qué alucinantes bichos dotados de inteligencia, podía descender del espacio y atacar a la Tierra, tal vez dominarla, ¡quién sabe si destruirla! "

Esta posibilidad sumió a los prohombres de la O.N.U., en una profunda meditación. Por muy fantástica que pareciera la sugerencia a nadie se le ocurrió reír. Los hombres que ocupaban los escaños de aquella inmensa y semicircular sala, estaban demasiado abrumados por su terrible responsabilidad. Se habían comprometido a acabar con las guerras, de su labor actual dependía la futura felicidad del mundo, y la historia tomaría seguramente en cuenta cualquier error u omisión que cometieran.

Lógicamente, si la O.N.U. tenía entre otros cometidos el de ejercer un constante servicio de policía para descubrir y hacer abortar toda posible agresión, no podía omitir la vigilancia de los múltiples planetas que, aparte de los de nuestro sistema solar, eran capaces de contener vida y de constituir una amenaza para la tan preciada y costosa paz de la Tierra. Nada importaba la lejanía ni tampoco lo dudoso de esta agresión. Puesto que la ciencia admitía la

posibilidad de que nuestro planeta no fuera el único del universo poblado de seres vivos y dotados de inteligencia superior, cabía, aún dentro de un margen muy estrecho dé probabilidades, la eventualidad de una invasión ultraterrenal. Y mientras quedara una probabilidad de agresión, así fuera entre millones, la O.N.U. tenía el inaplazable e ineludible deber de atenderla y vigilarla.

Este fue, ni más ni menos, el origen de la "Astral Information Office", organismo especialmente creado para denunciar cualquier acto hostil que pudiera venir de los espacios. Como es natural, la "Astral Information Office" pronto contó con sus empleados, su presupuesto, su fondo de reservas y su pequeño y mal ventilado despacho en el undécimo piso del magnífico rascacielos que los países signatarios de la O.N.U. levantaron en Nueva York.-

Todo esto lo supo Miguel Ángel Aznar de Soto empleando el sencillo procedimiento de ir haciendo preguntas aquí y allá.

Miguel Ángel era un joven de 27 años. Medía cerca de dos metros de alto y era, físicamente, el tipo de hombre que más se acercaba a la perfección: hombros anchos, fuertes bíceps, cintura breve, caderas estrechas y piernas largas. Tenía negro, bronco y ondulado el cabello, la tez morena, curtida por el sol y el viento, oscuros y relampagueantes los ojos, inteligente y despejada la frente, nariz de líneas clásicas, boca grande y de bien dibujados labios y barbilla cuadrada y firme.

• Miguel Ángel ni siquiera había oído hablar de la "Astral Information Office" antes de que su jefe de vuelos le hiciera entrega de una orden de traslado. Según ésta, Miguel Ángel Aznar de Soto, teniente piloto de la Air Force, Sección 2 de Transportes Aéreos, quedaba asignado al personal de la "Astral Information Office".

¿Qué significa esto? —preguntó Ángel pasando sus ojos del papel a la cara del comandante—. ¿Qué diablos quiere decir "Astral Information Office"?

—No lo sé —confesó el comandante—. Parece que nos han pedido un buen piloto, "al mejor de los pilotos", y el comodoro le ha designado a usted para ese puesto.

Angel frunció la frente y se fue a hacer indagaciones. A fuerza de preguntar supo lo que antes ha quedado consignado: que la "Astral Information Office" era la encargada de vigilar el espacio y de aportar información sobre las estrellas.

—Ya entiendo —murmuró Ángel—, Se trata de una cuadrilla de sabios viejos y chiflados. Información estelar. ¡Brrr!

Resignado con su suerte, escéptico y pesimista, Ángel Aznar hizo sus maletas, despidióse de sus amigos y tomó el primer tren hacia Nueva York. Dos días más tarde empujaba la puerta, en cuyas maderas

campeaba este letrero: "ASTRAL INFORMATION OFFICE".

Por lo pronto ya le costó bastante encontrar este despacho. Aún en el mismo edificio de la O.N.U. eran muy pocos los que conocían la existencia de semejante organismo. Ángel tuvo que preguntar en la *garita de* INFORMACIONES para averiguar la ubicación del despacho, y la mirada de curiosidad que le lanzó la empleada no le gustó nada.

Al abrirse la puerta sonó una campanilla, al sonar la campanilla se derrumbó una pirámide de libros que había sobre una mesa, y al rodar los libracos por el suelo se alzaron hasta los de Ángel un par de enormes y maravillosos ojos de color esmeralda.

—Buenos días —dijo Ángel rompiendo el corto silencio que siguió a su entrada.

La mujer que había tras la mesa apoyó su redonda y graciosa barbilla sobre los sonrosados puños y le miró fijamente.

¡Hola! —dijo por toda contestación. Y los ojos color verde esmeralda recorrieron la atlética figura del piloto de la Air Forcé en una larga mirada, mezcla de curiosidad y asombro.

Ángel, a su vez, examinó descaradamente a la hermosa joven rubia que se sentaba tras la mesa. Vio una cabellera aurea y rizosa, una despejada frente donde se arqueaban dos altivas cejas en gesto de perplejidad, y una boca roja y sonriente que dejaba asomar una doble hilera de blanquísimos dientes.

-Mi nombre es Miguel Ángel Aznar de Soto —dijo el piloto tras un carraspeo significativo.

La joven rubia alzó todavía más una.de sus cejas y chupó el lapicero que tenía entre los dedos.

— ¿Aznar? —murmuró. Y mirando el emblema de la Air Force en la solapa de Ángel, exclamó: ¡Ah, si!

Seguramente usted es nuestro nuevo piloto...; — ¡Tanto como nuevo! ... —sonrió Ángel—. Soy bastante viejo en el oficio, pero creo ser el que ustedes esperan. ¿A quién debo presentarme? ¿Es usted la jefe de este despacho?

-Soy la secretaria del profesor Stefansson. El profesor no debe tardar en venir. Mientras tanto puede sentarse y darme su filiación.

Ángel miró en torno con el ceño fruncido. Había dos sillones y varias sillas en el despacho, pero sobre cada asiento se levantaba una pirámide de periódicos que desafiaban las leyes de la gravedad en sendos prodigios de equilibrio. La oficina era pequeña y reinaba en ella el más caótico de los desórdenes. Adonde quiera se volviera la mirada sólo hallaba libros, revistas y montañas de periódicos. A lo largo de las paredes se veían algunas estanterías repletas de cartapacios amontonados sin orden ni concierto. La misma mesa sobre la que trabajaba la secretaria del profesor Stefansson era una muestra de la más deplorable negligencia con sus pilas de recortes de

periódicos, sus carpetas, tijeras y botes de goma. Hasta el piso desaparecía bajo una alfombra de papel impreso.

La linda secretaria del profesor Stefansson adivinó el apuro del aviador.

—Tire al suelo lo que estorbe —dijo abarcando con un amplio ademán todo el despacho.

—Muy bien —rezongó Ángel. Y yendo a la silla más próxima tiró de un papirotazo todos los papeles al suelo. Luego sacó un pañuelo y sacudió el polvo del asiento.

—Todo está un poquito sucio —dijo la rubia rebuscando por uno de los cajones de su escritorio.

—Sí, ciertamente —confirmó Ángel mirando hacia un rincón del que colgaban a su comodidad dos grandes telarañas—. Un poquitín.

—Hace tiempo que llevo el propósito de ordenar esto y permitir la entrada al barrendero. Naturalmente, la intromisión de un extraño aquí, tal y como están las cosas, originaría una verdadera catástrofe. Ni el profesor ni yo podríamos luego encontrar nada de lo que buscáramos.

—Y puede hallarlo ahora? —preguntó Ángel extrañado.

— ¡Naturalmente! —exclamó la joven. Y a continuación, rascándose la punta de su graciosa naricilla murmuró: ¿Dónde pondría yo la ficha de usted, que nos mandó la Air Force?

Ángel echó hacia atrás su silla, puso una pierna sobre otra sonrió beatíficamente ante la confusión de la secretaria. Esta puso sus blancas y cuidadas manos sobre un montón de recortes de periódico que tenía enfrente y murmuró:

—Veamos... Esa carta debió de llegar hacia el viernes..., aquí hay periódicos del martes..., esto fue del lunes..., luego debe de estar dos pulgadas más abajo... i Aquí está! Mostró triunfante un sobre alargado. Ángel, desilusionado, arrugó la nariz y observó cómo los ágiles dedos de la muchacha extraían del sobre unos documentos que extendió ante sí. Leyó:

—Miguel Ángel Aznar de Soto... i Caramba! , tres mil horas de vuelo...

Ángel iba asintiendo a todo con graves cabezazos. De pronto la muchacha alzó los ojos y los clavó curiosos en él.

— ¿De verdad que es español?

—Sí.

Una ancha y satisfecha sonrisa retozó en las comisuras de la boca de Ángel.

— ¿Nacido en España?

—Nacido en España. Mis padres emigraron de allá y se establecieron en los Estados Unidos cuando yo contaba cinco años.

—Sus primeras palabras las aprendería en inglés.

—En mi casa sólo se habla español. Hablo indistintamente un idioma u otro.

—Veo que, no obstante, tiene nacionalidad americana.

—Sí.

— ¿Qué hizo usted en Vietnam?

—Era coolie.

— ¿Cómo dice?

—Coolie. Ya sabe, en China llaman "coolies" a los acarreadores, cargadores de muelle... gente que van con carga de arriba abajo. A los muchachos del Mando Aéreo de Transportes nos llamaban así.

—Ya comprendo.

—Y dígame. ¿Cual va a ser mi trabajo aquí? —Pues, naturalmente, pilotar nuestro "Douglas"

— ¿De modo que tienen ustedes un avión "Douglas"? ¿De qué modelo?

—Lo ignoro. Mis conocimientos aviatorios son muy escasos. Es un avión con alas y motores...

— ¡Me lo esperaba! -rezongó Ángel con sorna—. Y, oiga, ¿para qué quieren ustedes un avión de transporte?

—Es una especie de laboratorio ambulante. Esto lo comprenderá usted cuando le pongamos al corriente de nuestra ocupación.

—Hice algunas investigaciones por mi cuenta —apuntó Ángel—. ¿Es cierto que la "Astral Information Office" se ocupa de vigilar a las estrellas y todas esas tonterías?

— ¿Tonterías dice usted? -saltó la secretaria—. Que no le oiga el profesor decir esas cosas. Desde luego, nos dedicamos a investigaciones un poco raras... Ya sabe usted que esta oficina fue creada para prevenir cualquier posible ataque desde otros planetas. En un principio nuestro trabajo se reducía a auscultar la prensa, íbamos allá donde se presentara un caso que tuviera su tufillo a misterioso o extraterrestre. Los asuntos inexplicables eran nuestros favoritos, pero cuando empezaron a aparecer los platillos volantes...

- ¡Ya caigo! —aseguró el español alzando una mano—. ¿A que ustedes se dedican a seguir la pista a esos platillos? ¡Pero hombre! ¿Todavía hay quien cree en esos cuentos de los platos voladores?

—Nuestro deber es examinar el asunto y ver qué hay en él de fantástico y qué de cierto —recordó la muchacha. Y señalando los montones de recortes de prensa que tenía sobre la mesa, y a su alrededor prosiguió: Tenemos aquí varios centenares de relatos y reportajes sobre el asunto. Muchos de los que se titulan testigos oculares son a veces unos embusteros y tomaron por platillos volantes objetos completamente terrestres y naturales, pero aún dejando un diez por ciento para los que dicen la verdad nos quedan testimonios de sobra para afirmar que los platillos volantes son algo tan real y

tangible casi como usted y yo. Ángel se encogió de hombros.

—Desde luego —dijo—, si ustedes se ocupan de ir interrogando a todos los que dicen haber visto platillos volantes, trabajo tienen.

—Mucho trabajo —aseguró ella—. Tuvimos que pedir un avión de la Air Forcé para desplazarnos con rapidez de un punto a otro del mundo. Hace poco estuvimos en Méjico, donde se dijo que unos indios habían encontrado uno de los platillos volantes en tierra con sus tripulantes. Nos fuimos a Méjico, sólo para comprobar que todo era una fantasía y también para volver llenos de garrapatas. Nuestro piloto enfermó de fiebres y está en el hospital. Por eso le han mandado a usted aquí, para que le reemplace.

—Bueno —suspiró Ángel—. Nos resignaremos a las garrapatas y a las fiebres, al menos hasta que ese piloto salga del hospital. Y oiga, miss...

—Watt —sonrió la joven—. Bárbara Watt.

—Muy bien, señorita Watt. Espero que la dicha de trabajar junto a una mujer tan simpática me consuele de los demás sinsabores, pero desde luego, no me entusiasma ni pizca la perspectiva de ir volando de un lado a otro detrás de la sombra de esos absurdos platillos volantes. Yo soy un hombre bastante serio, ¿sabe?

Bárbara Watt le miró con asombro y abrió la boca para decir algo. En este momento se abrió la puerta impetuosamente y un hombrecillo menudo, delgado y vestido de negro se precipitó en el despacho como un alud. Ángel le miró atónito. El recién llegado esgrimía en una mano un paraguas y en la otra un periódico que arrojó sobre la mesa de miss Bárbara Watt gritando con excitación:

-¡Una cosa así era la que yo esperaba! ¡Los hombres grises de Venus... eso ya suena a algo convincente! ¡Los hombres grises de Venus!

Ángel examinó el estrambótico hombrecillo mientras hablaba y gesticulaba. De una sola ojeada captó la negligencia en el vestir y en el calzar del personaje. La ropa, aunque bien cortada, aparee/a sucia y atrozmente arrugada. La camisa, en otros tiempos blanca, presentaba un color amarillento. La corbata negra pendía del sucio cuello como un pingajo, y la raya de los pantalones había desaparecido para ser sustituida por sendas rodilleras. Llevaba los zapatos sin lustrar y con salpicaduras de barro ya seco. De los bolsillos de la chaqueta, deformados a fuerza de soportar pesos excesivos, salían el extremo de un pañuelo y varias hojas de papel. Lo más nuevo del hombre era su lustroso y esférico sombrero hongo.

Mientras se inclinaba para señalar a Bárbara Watt un artículo del periódico, con un índice de uña enlutada y manchado de nicotina. Ángel escrutó la cara del recién llegado. Tenía éste unas facciones pequeñas, angulosas y afiladas. Sus ojillos claros centelleaban tras los

gruesos cristales de unas gafas con montura de concha. Tenía la frente despejada, la nariz aguileña y la barbilla saliente y puntiaguda. Iba completamente afeitado y debía de tener unos cincuenta o cincuenta y cinco años. Al arrojar su sombrero hongo sobre la mesa dejó ver su cráneo pelado y reluciente. En cambio, por detrás, la cabellera entrecana le rozaba el cuello de la camisa.

— ¡Eh! ¿Qué me dice usted? —interrogó el hombrecillo clavando sus ojos en la muchacha—. ¡Vamos...coja su sombrero y corramos a ver a ese hombre!

— ¡Pero si todavía no he podido leer el artículo!

— ¡No importa, se lo repetiré en dos palabras mientras ; vamos hacia allá! —alzó la vista hacia Ángel, y como si le viera entonces preguntó: ¡Eh! ¿Quién es usted? ¡

—Mi nombre es Miguel Ángel Aznar de Soto —dijo Ángel.

—Es nuestro nuevo piloto —apuntó Bárbara plegando el periódico y poniéndose en pie.

— ¿Otro piloto? ¿Pues no tenemos ya a Bob?

— Bob está en el hospital con fiebres, profesor —le recordó la muchacha con el acento maternal que las mujeres emplean para con los niños. Y volviéndose hacia Ángel concluyó su presentación—: Aquí el profesor Stefansson. Louis Frederick Stefansson, nuestro jefe.

El profesor estrechó un momento la mano de Ángel.

—Muy bien, muchacho —le dijo—.Venga con nosotros.

— ¿Adonde vamos? —preguntó Bárbara poniéndose en pie.

—A la India, claro está

— ¡A la India! — exclamó Ángel atónito—. ¿Ahora mismo?

— ¡Pues claro está que ahora mismo! —gruñó el profesor. Y volviéndose hacia su secretaria le dijo—: Llame al aeródromo para que tengan preparado el avión y recoja lo que tenga que recoger mientras yo hago lo mismo con mis cosas.

Desapareció por una pequeña puerta acristalada. Ángel miró a la muchacha y la vio de pie, erguida su esbelta y encantadora silueta, recogiendo con toda tranquilidad un mazo de papeles.

—Oiga, señorita —le dijo—. ¿Pero qué significa todo esto?

Ella le señaló el periódico sin decir palabra. El español lo tomó y pudo leer los grandes titulares que rezaban así:

"DESPUÉS DE SER BUSCADO DURANTE OCHO MESES INÚTILMENTE, EL MILLONARIO MITCHEL ES ENCONTRADO POR UNOS INDÍGENAS EN LOS ALREDEDORES DE DHARUR, PROVINCIA DE BAIDARABAD."

Debajo, en negrillas más pequeñas, decía.-"Andaba errante por la jungla alimentándose de raíces, tiene el cabello, las cejas *y* la barba completamente blancos. Parece haber perdido completamente la razón y sólo murmura unas palabras extrañas: " ¡LOS HOMBRES GRISES DE

VENUS! "

CAPITULO II
A LA INDIA

El nombre de Arthur Winfield acudió inmediatamente a la memoria de Ángel Aznar. ¿Qué habría sido del valiente Arthur?

Arthur Winfield había sido uno de los más hábiles y arrojados pilotos que Ángel conoció en Vietnam. Durante algunas semanas habían combatido juntos, trabaron gran amistad y luego, el huracán de la guerra los volvió a distanciar sin que sus caminos se cruzaran nunca más. Fue aquello hacia el año 68 Arthur Winfield era por entonces novio de Carol Mitchel. Aunque Ángel jamás tuvo oportunidad de conocer personalmente a esta muchacha, tuvo ocasión repetida de leer las inflamables cartas que le dirigía a Arthur y de ver algunas de sus fotografías junto a la cabecera del camastro de su amigo.

Ángel recordaba perfectamente el nombre. Ocho meses atrás se enteró por los periódicos de la misteriosa desaparición de Carol Mitchel del padre de ésta, del piloto y del avión "Cessna" que nunca llegó a Teherán. La popularidad del millonario, así como la circunstancia de que no se hallara ni rastro de! avión en que viajaban, hicieron que la prensa norteamericana concediera gran importancia al asunto. Durante varias semanas se buscaron los restos del aparato, y cuando el interés público empezaba a decaer se reavivó la hoguera de la curiosidad con el ofrecimiento de una recompensa de 300.000 dólares, hecha por el hijo del millonario, a quien encontrara "vivos o muertos", a mister John Mitchel y a la. hija de éste: miss Carol Mitchel.

Ángel fue uno de los tantos aviadores que ante aquel fabuloso premio pensaron en dedicarse a la búsqueda de los desaparecidos pero desistió de la empresa al saber que, por lo menos, medio centenar de aviones equipados con "radar" y llegados de todos los puntos de la Tierra al cebo de los 300.000 dólares, explorábanla en todos sentidos la India, Beluchistán, Afganistán, Irán, el golfo Pérsico, y el mar Arábigo. Se supuso que los restos del avión "Cessna" serían hallados de un momento a otro, mas no fue así. Los pilotos que fueron a la India abandonaron la gigantesca empresa de hallar al millonario y a su hija. Posiblemente, al cabo de ocho meses de infructuosas investigaciones, sólo quedaban en la India una docena de aviadores esperanzados en cobrar tan magnífica recompensa. Pero he aquí que súbitamente aparecía el millonario y eran unos miserables indios quienes le encontraban, vagando por la selva, sin juicio y repitiendo extrañas palabras.

¿De dónde venía mister John Mitchel? ¿Dónde estuvo durante ocho meses? ¿Qué se *hizo* de su hija y del piloto? ¿Por qué seguían sin hallarse los restos de su avión? ¿Qué significaba aquello de los

hombres grises de Venus?

Ángel leyó rápidamente el reportaje. No aportaba ningún rayo de luz al impenetrable misterio que rodeaba al "asunto Mitchel" Relataba cómo había sido encontrado el hombre y cómo a duras penas pudo ser reconocido con sus ropas rotas y sucias, su larga barba y su aspecto totalmente distinto al que tenía el día de su desaparición.

Apenas acababa de dar lectura al reportaje cuando salió el profesor de su despacho. Ángel se vio empujado, casi arrojado violentamente de la oficina, y arrastrado precipitadamente hacia el ascensor. Diríase que mister Stefansson temía se le escapara algo de suma importancia pues las órdenes que dio al conductor del taxi fueron:

— ¡Al aeródromo municipal todo lo aprisa que pueda! —Y al advertirle Ángel que su equipaje lo tenía en un modesto hotel de Brooklyn le dijo—: No podemos perder un minuto. Ya adquirirá lo que le haga falta en Calcuta.

Según Ángel había de saber más tarde, el escaso i personal de la "Astral Information Office" que trabajaba a las órdenes del profesor estaba ya acostumbrado a estos prolongados y repentinos viajes. Miss Bárbara Watt, por ejemplo, tenía todo un completo vestuario a bordo del avión de la "Astral Office", guardarropa que comprendía desde ligeros trajes de dril, sombreros de corcho y mosquiteras para las zonas tórridas, hasta abrigos de pieles y guantes con manoplas propios de los parajes árticos.

El avión que la Air Forcé había puesto a disposición de la "Astral Information Office" era un "Douglas DC8" plateado, en cuya proa podía leerse el nombre con que le bautizó su cuadrilla: "Cóndor" Cuando el taxi se detuvo junto a la pista de rodaje y mientras el profesor Stefansson pagaba el importe de su carrera al conductor, la sinuosa y seductora miss Bárbara Watt llevó a Ángel hasta el lugar donde esperaban tres hombres jóvenes vestidos con "monos" de vuelo.

Esta era la cuadrilla del "Cóndor", formada por el copiloto George Paiten, el radiotelegrafista y operador de "radar" Richard Balmer, y el navegador Walter Chase, todos ellos con el grado de sargentos y, a la sazón, mirando con curiosidad al nuevo comandante del "Cóndor" que les presentaba la secretaria.

Apenas si Ángel tuvo tiempo de estrecharles la mano. El profesor les empujó a todos hacia la escalerilla de acceso del aparato y les apremió para que despegaran inmediatamente. Mientras el copiloto ponía en marcha y calentaba los motores, el navegador acompañó a su nuevo comandante a lo largo de la cabina del "Douglas" en busca de un"mono" que el anterior piloto debió dejar allí.

Ángel pudo advertir entonces el confort con que había sido equipado el "Cóndor". La espaciosa cabina, herméticamente cerrada, estaba provista de calefacción y dividida por tabiques que formaban

una sala comedor, provista de mesa extensible y aparato de radio; una pequeña cocina, con aparato refrigerador, hornillos eléctricos para cocinar, batería de cocina y despensa atiborrada de latas de conservas; dormitorio con cuatro literas para la tripulación, pequeño compartimento aislado para la señorita Bárbara Watt, un armario repleto de trajes para las más diversas temperaturas, un pequeño arsenal en el que había desde fusiles "Bren" a pistolas ametralladoras "M—4" y un laboratorio para el profesor.

A popa quedaba el lavatorio y el compartimento con el equipo adicional del avión, que comprendía las piezas de repuesto y.las herramientas necesarias para efectuar una completa reparación en cualquier lugar y circunstancia.

Habiéndolo observado todo con ojo crítico, Ángel volvió a la cabina de los pilotos, comprobó la perfecta marcha de los motores consultando el cuadro de indicadores y tomó asiento ante los mandos.

Cuando en la torre de vuelo flameó la bandera verde, Ángel echó adelante los aceleradores, soltó los frenos y dejó que el "Douglas" corriera por la pista de cemento. Luego tiró suavemente de la palanca hacia sí y las ruedas del aparato se despegaron de tierra con tanta suavidad que casi nadie se apercibió de que estaban volando hasta unos cinco minutos después.

—Recojan el tren de aterrizaje -ordenó Ángel.

—Recogido el tren de aterrizaje —dijo el copiloto.

—Comandante a navegador. ¿Rumbo?

—Oeste, señor.

El "Douglas" se inclinó sobre el ala de babor y puso proa a poniente.

Cuando volaban sobre Allentown, Ángel hizo una seña con la cabeza a George Paiton. El muchacho, un neoyorquino esbelto, de ojos verdes y tez sonrosada, con las mandíbulas desarrolladas a fuerza de mascar "chicle", tomó los mandos asintiendo con otro movimiento de comprensión.

Ángel salió de la cabina y entró en el cuartito de derrota, donde el navegador Walter Chase estaba sentado ante un tablero de trabajo manejando el compás y la regla sobre un mapa del Pacífico. Por encima de su hombro se asomaba el perfil aguileño del profesor Stefansson. Ambos discutían la ruta a seguir mientras, a un lado, el radiotelegrafista Richard Balmer, manejaba un soldador eléctrico sobre los cables del aparato de "radar".

—Hola, Andrés —dijo el profesor—. Vea qué le parece la ruta que hemos elegido.

—Si quiere llamarme por mi nombre de pila llámeme Ángel, míster Stefansson —respondió el español—. Ese es mi nombre.

—Esta es la ruta a seguir —dijo el navegador— Nueva. York—San

Francisco, 4.000 kilómetros; San Francisco-Hawai, 3.885; Hawai-Midway, 2,220; Midway-Wake, 2.037; Wake-Guam, 2.407; Guam-Manila, 2.400; Manila-Saigón, 1.450; Saigón—Rangoon, 1.500, y Rangoon—Calcuta, 1.100. Total 21.519 kilómetros, o sea, más de la mitad de la circunferencia del Ecuador.

Vaya un trayecto tan largo -observó Ángel cáusticamente.

-Sesenta y siete horas y media -prosiguió el profesor sin hacer caso de la interrupción de Ángel—, son dos días completos más diecinueve horas y media.

—Un viaje muy largo —comentó Ángel. Y volviéndose hacia el profesor preguntó-: ¿No hubiera sido más cómodo esperar a que el millonario Mitchel llegara a Nueva York para interviuvarle?

—Sabe Dios cuanto tardará el pobre hombre en ser llevado a Nueva York. Por lo pronto está recluido en un sanatorio mental en Calcuta

— ¿Pero de veras espera encontrar hombres grises y de Venus en la India ni en ninguna parte de la Tierra? —interrogó el español estupefacto.

— ¡Claro que sí! —Sonrió el hombrecillo seráficamente. Y volviéndose hacia el navegador, que le estaba mirando muy divertido, añadió: Contando con que hemos de hacer escala a mitad de la travesía desde Nueva York a San Francisco, tenemos nueve escalas hasta la India. ¿Cuánto tiempo perderemos en cada -etapa mientras llenamos los depósitos de gasolina?

—Puede calcular hora y media como término medio.

— ¿Y qué velocidad llevaremos?

—Una media de cuatrocientos kilómetros horarios, esa es nuestra velocidad de crucero.

El profesor fijó los ojos en el techo y movió los labios mientras hacía un rápido cálculo mental:

—Cincuenta y cuatro horas de vuelo y trece y media para las etapas, son en total sesenta y siete horas y media las que nos separan de Calcuta.

—Si no tropezamos con fuerte viento de proa, si no tenemos que dar algún rodeo para eludir las tempestades, si nos mantenemos exactamente dentro de nuestro ruta, y desde luego, contando con que no tengamos ningun contratiempo, llegaremos a Calcuta a las 7 de la mañana del día 26. Pero como volamos en la misma dirección aparente que el sol iremos adelantándole poco a poco, hasta que al llegar a Calcuta le habremos sacado una ventaja de 13 horas y 45 minutos. En la India todavía serán las 3,45 de la tarde, mientras que en Nueva York ya serán las 7 de la mañana. Resulta, pues, que no llegaremos el día 26 por la mañana, sino el 25 por la tarde. Pero como al trasponer el meridiano internacional 180 tendremos que adelantar nuestro calendario en un día (Un día que no habremos vivido y que

recuperaremos cuando volvamos a Nueva York si regresamos por el mismo camino), resulta que no será el día 25, sino el día 26. ¿No es eso Walter?

Todavía estoy sacando el cálculo, profesor, sonrió el muchacho enrojeciendo—. Yo no poseo un cerebro tan ágil como el suyo.

—Si se trata de cálculos—intercedió George asomando por la angosta puerta—, en el laboratorio hay una máquina de calcular.

Ángel sacó su paquete de cigarrillos y tomó uno llevándoselo a sus labios. De pronto miró a su alrededor, vio que toda la tripulación estaba allí. Asió al copiloto por un brazo.

— ¿Por qué ha dejado los mandos? —le gritó.

—Todos se echaron a reír.

—La señorita Bárbara pilota ahora el avión —dijo George.

Ángel le fulminó con una mirada.

— ¿Y quién le ha autorizado a usted para que cediera los mandos a nadie? —rugió. ¿Qué clase de disciplina es ésta?

El muchacho clavó en los de Ángel sus ojos asombrados.

— ¡Pero si siempre que vamos de viaje le dejamos los mandos a la señorita Bárbara! —exclamó atónito.

— ¡Ah!   ¿conque si? —rugió Ángel.

—Y también a Richard y Walter… ¡Incluso al profesor algunas veces!

Ángel paseó su mirada de unos a otros de los que le observaban en silencio.

—Pues todo eso que se hizo hasta ahora es lo que no se seguirá haciendo mientras yo sea el comandante de este avión —aseguró rojo de rabia—. Un avión del ejército sólo puede conducirlo su piloto y su ayudante.

—Pero esto no es el ejército, señor —interrumpió el radiotelegrafista, un muchachón rubio y fornido de nariz achatada-. Aquí nos regimos por las Ordenanzas de la Air Force.

— ¿Por qué?   ¿No es este un avión militar?

—Sí, pero en el desempeño de una función civil.

— ¿Quiere decir que si este avión se estrella contra el suelo el Ejército no vendrá a pedirme explicaciones a mi? —preguntó Ángel alzando más el tono de su voz—. ¿Habrá otro que pague por mí los desperfectos que hayan o las vidas que se pierdan por un acto de negligencia?

—Si algo ocurriera nosotros estaríamos siempre de su parte —argüyó el profesor.

— ¿Y cree que esa seguridad que usted me ofrece basta para que yo me tumbe al sol y deje que cada cual haga lo que le venga en gana? ¡No, señor Stefansson!

-No debiera tomarlo así, teniente -aconsejó el hombrecillo con voz

calmosa-. Nuestro lema es ayudarnos y…
- ¡Al diablo todos los lemas! -le interrumpió Ángel-. Usted, sargento, vuelva a tomar los mandos y nunca jamás vuelva a dejarlos en otras manos que no sean las mías.
—A la orden, señor —saludó poniéndose rígido, el muchacho. Y girando sobre sus talones salió apresuradamente.
Ángel miró en torno. Pudo apreciar perfectamente la hostilidad que brillaba en los ojos del navegador y el radiotelegrafista. El profesor habíase encogido de hombros y silbaba despreocupadamente inclinado sobre los planos del Pacífico. El español resolló con fuerza por la nariz y abandonó el cuarto en dirección a proa. Al entrar en la cabina vio que el sargento había vuelto a tomar los mandos. Miss Bárbara Watt ocupaba el otro asiento y escuchaba por los auriculares la explicación de lo ocurrido en el cuarto de derrota, que le daba George.
Al entrar Ángel la muchacha volvió hacia él sus hermosos ojos color esmeralda. Había en ellos un fulgor entre irónico y despreciativo .
-Levántese de ese asiento, señorita Watt -le ordenó Ángel secamente.
Ella se puso en pie arrojando los auriculares al suelo y sacando desdeñosamente el gordezuelo labio inferior.
—Recoja esos auriculares —le ordenó el español.
—Yo no pertenezco al Ejército —dijo ella—. Usted no puede darme órdenes.
— ¡Recoja esos auriculares! —bramó Ángel furioso.
- ¡No me da la gana! —chilló a su vez la joven acercando su hermoso y coloreado rostro al convulso del español..
—Comprendió Ángel que ni aun a palos, cosa que, naturalmente, no podría hacer, obligaría a la secretaria a doblegar su orgullo y a recoger los auriculares tan despectivamente arrojados.
—Está bien —dijo con voz helada—.Siga usted y que nunca más la vea entrar en esta cabina sin mi consentimiento.
—Perfectamente, general —respondió ella con burla—. Cuando resbale sobre su orgullo vea si encuentra de dónde agarrarse.
—No será de su cuello— aseguró Ángel.
— ¡Está enfermo! —escupió la secretaria saliendo con paso rápido.
Ángel recogió los auriculares y tomó asiento ante los mandos. Vio con el rabillo del ojo cómo una sonrisa retozaba en la comisura de la boca de George, pero optó por hacer como que no la veía. Pasado el primer arrebato de cólera, Ángel reconoció que acababa de dirigirse a sus compañeros con excesiva dureza, aunque, ni mucho menos, con injusticia.
—Yo les pararé los pies a esta manada de locos —se dijo.
Mal podía imaginar nuestro amigo las duras represalias que para

con él iban a tomar tanto los miembros de la tripulación como la fiera y hermosa Bárbara Watt. Por lo pronto estableció un turno con George de cuatro horas de pilotar y cuatro de descanso para cada uno. Ordenó al muchacho que se fuera a dormir, y él estuvo cuatro horas seguidas sin que nadie, excepto el navegador, y ello sólo cuando era imprescindible, le dirigiera la palabra, ni fuera a visitarle en la cabina. Pasó la hora del almuerzo, Ángel sintió los retortijones de su hambriento estómago y nadie fue a llevarle comida, Resistióse a pedir nada hasta que llegó George para relevarle. Entonces fue a la minúscula cocina y comió completamente a solas.

A partir de entonces se le declaró un abierto boicot. No tuvo ocasión de descansar porque se detuvieron en Topeka para rellenar de gasolina los depósitos del avión. Inmediatamente se reemprendió el vuelo.

Aquella noche, mientras fumaba incansablemente ante los mandos para no dormirse, Ángel comprendió que 21.600 kilómetros de vuelo, sobre poco más o menos, iba a ser una prueba de resistencia física y dura. Cómo que ya estaba volando sobre el Pacífico rumbo a las Hawai era demasiado tarde volver atrás, pero se prometió todo el descanso que tuviera gana al llegar al archipiélago.

—Si el profesor tiene prisa en llegar a Calcuta, que tome uno de sus veloces platillos volantes —se dijo . Yo no me mato por dar gusto a un viejo chiflado que cree en hombres grises procedentes de Venus y en otras tonterías por el estilo.

Al llegar al aeródromo internacional de Honolulú, Ángel expuso al profesor su propósito de dormir ocho horas seguidas en tierra.

— ¡Pero es imposible! —dijo el hombrecillo—. ¡A este paso tardaremos un siglo en llegar a la India!

—Para lo que vamos allá lo mismo da un siglo que dos.

— ¿Ve usted? Antes, cuando teníamos a Bob de piloto, los viajes eran mucho más descansados, porque todos por turno tomábamos los mandos. Pero usted se empeña en conducir el avión personalmente, con la única ayuda de George, y eso no puede ser.

—Precisamente, como no puede ser voy a acostarme. Cuando esté en condiciones físicas de emprender el vuelo lo haré y no antes.

—El profesor puso el grito en el cielo.

— Ángel durmió sus ocho horas tranquilamente. Cuando regresó al avión se encontró con cinco caras de largura expresiva. Nadie respondió a su saludo.

El viaje hasta Calcuta, que el profesor había calculado optimistamente en tres días, les invirtió el doble. Cuando llegaron a su destino, el profesor estaba loco de rabia, Ángel cansado de todos y todos aborreciendo a Ángel. El español pasó bastante hambre y otras incomodidades de variada índole, pero las que él proporcionó a la

cuadrilla del "Cóndor" y a los dos únicos funcionarios de la "Astral Information Office" no fueron menos. Aprovechó todas las ocasiones para zarandearles de lo lindo, simuló un accidente y les hizo arrojarse a todos en paracaídas sobre Indochina, les mantuvo atados a una rígida disciplina y, en fin, se gozó torturándoles de mil modos. , —Nunca olvidaré este vuelo —oyó decir al navegador.

—Y todo por ese imbécil tenientillo —respondió Bárbara Watt—, Esperemos que Bob salga pronto del hospital para que volvamos a ser una bien avenida familia.

El deseo de la secretaria coincidía con el más ferviente de Ángel. De haber sabido que su suerte quedaba atada a este reducido grupo de hombres por tiempo indefinido hubiera obrado de otro modo. Pero así...

¡Que se vayan todos al infierno con sus platillos volantes !—rezongaba Ángel—. Y que me vuelvan a m unidad.

CAPITULO III
DOS VIEJOS AMIGOS

Mientras retiraban los servicios de la cena y le preparaban el café, Miguel Ángel Aznar encendió un cigarrillo y sacó del bolsillo de su americana un pedazo de papel.

Era una nota traída al hotel cuando él estaba durmiendo y que un mozo discreto había deslizado por debajo de la puerta. Desde que hubo leído esta nota. Ángel sentíase impaciente y malhumorado. Volvió a releerla ahora. Decía así:

"Mi estimado Miguel Ángel: He sabido por un periódico que acabas de llegar de Norteamérica acompañado de una misión científica o no sé qué. Pensé abrazarte y fui a tu hotel, pero no me dejaron entrar. Tiene razón; este Arthur Winfield ya no es una persona respetable ni merece la consideración de sus semejantes. Si sabiendo esto todavía quieres que bebamos juntos por los buenos tiempos, puedes encontrarme a cualquier hora en el "Dagabas". Es un cafetucho del muelle nuevo. Un abrazo de Arthur."

Mientras cenaba, Ángel meditaba. No le sorprendía hallar en la India a su amigo. Casi lo esperaba desde que supo que Carol Mitchel había desaparecido cuando volaba desde Calcuta a Teherán. Seguramente, como tantos otros pilotos, Arthur buscaba a la hija del millonario. ¿Pero lo hacía por la recompensa de los 300.000 dólares o porque todavía era novio de Carol Mitchel?

La carta de Arthur trasudaba amargura. ¿Qué ocurrió en estos 3 años?

Ángel consultó el reloj de su muñeca, sorbió el café de un golpe y salió a la calle. Poco después, un desvencijado taxi le llevaba, bordeando el río, hacia el muelle nuevo

El "Dagabas" era un inmundo cafetucho. Al trasponer el umbral, una cálida vaharada a cuerpos sudorosos y aguardiente cosquilleó en la nariz de Ángel Aznar. La sala larga, estrecha y baja de techo, estaba llena de humo entre éste se movían las formas borrosas de lo parroquianos como fantasmas que surcaran una noche neblinosa. Se oía el quejido de un acordeón entre el tumulto de voces ásperas y roncas y el chocar de vasos sobre los veladores de mármol, Ángel se abrió paso a codazo por entre una marinería optimista a fuerza de alcohol, y sorteó las mesas mirando a la cara de los bebedores. Vio a Arthur sentado ante una mesa, bajo un ventilador cuyas aspas giraban lentamente cortando la espesa atmósfera como si rebanaran mantequilla.

Estaba solo, con los codos apoyados sobre la mesa, la cabeza entre las manos y mirando fijamente los restos de whisky de una botella puesta frente a él. Al ver aquella figura vencida y ruinosa, Ángel sintió que algo amargo se agarraba a su garganta.

Arthur Winfield vestía un traje de dril, en otros tiempos blanco y ahora arrugado y plagado de manchas de grasa. La cara del norteamericano mostraba barba de muchos días. Las mejillas se hundían y los negros cabellos caían revueltos y húmedos de sudor sobre una frente sombría, surcada de profundas arrugas.

Al notar la presencia de alguien que le miraba insistentemente, Arthur Winfield levantó la cabeza y clavó en los de Angel sus ojos oscuros y brillantes de fiebre.

— ¡Hola Ángel! —exclamó con voz ronca poniéndose en pie y tendiendo una mano temblorosa al español.

Ángel se la estrechó en silencio. Notó el extraordinario calor de aquella mano, y también la turbiedad de la mirada con que le examinaba Arthur.

—Tienes un estupendo aspecto —aseguró el norteamericano con una desmayada sonrisa. Y señalando una silla vacía murmuró como avergonzado—: Toma asiento, Ángel. ¿Quieres un trago?

Ángel movió la cabeza de un lado a otro.

—No —dijo acercando la silla y sentándose frente a Arthur—. No me apetece la bebida en este momento...

—Bueno, pues beberé solo —gruñó Arthur. Y se echó al coleto lo que restaba de la botella.

Ángel le miró hacer sin apartar sus ojos interrogantes de la cara demacrada de su amigo.

— ¡Bueno, hombre! —exclamó Arthur dejando la botella sobre el mármol con violencia—. ¡No me mires así, no soy un fantasma!

—Me ha costado trabajo reconocerte, Arthur.

—Tú, en cambio, estás igual que siempre. Cuéntame cosas. ¿Qué es de tu vida? ¿qué has venido a hacer a la India?

—Soy el piloto de un sabio viejo y chiflado, cuya única ocupación es la de ir siguiendo la pista a los platillos volantes. Estoy con él por pura casualidad. Sigo perteneciendo a la Air Forcé, pero al enfermar el antiguo piloto del viejo me mandaron a mí para que le supliera mientras se reponía. Nada importante, en fin, Pero, ¿Y tú? ¿Qué haces tú por estas tierras?

—Viajo— rió el americano—. Tengo una vieja avioneta "Miles Hawak" atada con alambres y llena de remiendos, y con ella voy de ciudad en ciudad haciendo propaganda a la Coca-Cola.

— ¿Propaganda?

—Si, Escribo "COCA-COLA" con humo en el cielo.

—Pensé que estarías aquí' dedicado a la búsqueda de Carol Mitchel.

—No -dijo Arthur roncamente.

— ¿Ni lo intentaste siquiera? Hay una recompensa de trescientos mil dólares para quien la encuentre...

—Ya lo sé —gruñó el americano arrugándola frente—. Cuando los

periódicos dieron la noticia pensé reuní algunos dólares y comprar un buen avión para dedicarme a buscar al "CESSNA". No pude, y ahora me alegro. La búsqueda es costosa y muy larga...Medio centenar, por lo menos, de pilotos de fortuna como yo, se han arruinado aquí' con la esperanza de encontrar a los desaparecidos, pero aunque acaba de aparecer rnister Mitchel nada se sabe todavía de Carol Nadie la ha encontrado... ni viva ni muerta.

— Supongo que vuestro noviazgo se terminaría ¿no?

—Si —aseguró Arthur con brusquedad.

Ángel se humedeció los resecos labios con la lengua.

— ¿Todavía la quieres? —preguntó tras una breve pausa.

— i La aborrezco! —rugió Arthur saliendo súbitamente de su apatía y clavando en Ángel sus ojos relampagueantes—, ¡Ella es la causa de mi ruina, por ella me ves aquí, en este estado y escribiendo ese absurdo anuncio de Coca Cola en el cielo...! La aborrezco tanto que este mismo odio hace un infierno de mi vida.

Hubo una corta pausa, durante la cual, Arthur se pasó la mano por la frente sudorosa como para apartar un atroz pensamiento.

—Dicen del amor y el odio que son dos pasiones muy semejantes -sentenció Ángel-. Tan semejantes que muchas veces se confunden.

Arthur paró con la mano el tic de sus ojos y miró fijamente al español

—Es posible —murmuró. Por lo menos presenta unos síntomas muy parecidos...—rió por lo bajo siniestramente y continuó, excitándose según hablaba—: Antes, cuando la amaba sentía la misma ansiedad en el pecho. Pero entonces mi alma subía hacia arriba, buscando su amado hombre en el cielo, y me sentía bueno y capaz de abarcar el mundo entero con mis brazos... ¡Yo era un hombre entonces, Ángel...yo era un hombre! Pero ahora...

—Ahora estás borracho— insistió Ángel.

—Si, estoy borracho. Siempre estoy borracho, aunque no es verdad que el alcohol mitigue las penas. A mi, cuando menos, no me las quita, ni las emborrona, sino que las pone más vivas y claras en mi sangre y mi alma.

— ¿Porqué bebes entonces?

—Porque sólo estando borracho puedo llorar, Angel sólo por eso. Aunque el whisky no me da el olvido, me quita la vergüenza y me pongo a llorar... ¡Y es una gran cosa poder llorar, Ángel! ¡te aseguro que es una gran cosa! —. Se echó a reír con una risa fuerte y extraña. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Pasó un mozo de sucio por delante y Arthur le asió por un brazo y le gritó:

— ¡Trae más whisky, muchacho! ¡El caballero y yo vamos a beber hasta que nos hinchemos de llorar!

Arthur —llamó Ángel cuando se hubo ido el camarero—. ¿Corno puedes haber caído tan bajo?

El americano cerró los ojos y abatió su barbilla sobre el pecho.

—Nunca fui hombre de excepcionales virtudes— masculló.

Eso no es verdad -protestó Ángel irritado—. ¿A qué viene todo esto, vamos a ver? ¿Es por Carol Mitchel?

—Si —afirmó Arthur como avergonzado.

— ¿Reñisteis?

—Peor. Ella me dejó.

—Parecía quererte.

—También me lo pareció a mí —rió el norteamericano con una risa baja y agradable—. Mientras duró la guerra Carol parecía quererme. Incluso formalizamos nuestras relaciones y anunciamos públicamente nuestro propósito de casarnos. Ella me llevaba de un lado a otro, me presentaba a sus amistades y se retrataba conmigo como con un pequinés de fealdad poco corriente.

— ¿Y cómo...cómo acabó todo aquello? —preguntó Ángel.

Cambió de la noche a la mañana, se mostró fría conmigo, luego desdeñosa, finalmente... ¡me arrojó, de su lado!

Arthur dejó caer la cabeza entre sus doblados brazos y se echó a llorar sobre el velador. Ángel le miraba sin saber qué pensar ni qué decir. Llegó el camarero con la botella, la depositó sobre el velador, y sacudiendo brutalmente al americano por un hombro le dijo:

— ¡Tú págame...!

Ángel arrojó junto a la botella un billete doblado. Lanzó al hombre una mirada furiosa y le ordenó con sequedad:

— ¡Váyase! Ahí tiene el dinero.

Se fue refunfuñando el camarero. Arthur alzó la cabeza, alargó la mano y asiendo la botella se echó al coleto un largo trago. El whisky le corrió por la comisura de la boca. Lo limpió con la manga y clavó en el español sus ojos llenos de lágrimas.

— ¿Quieres que siga hablando?

—SÍ. Parece que te haga falta desahogarte.

— Dame un cigarrillo.

Ángel le ofreció su pitillera abierta. El norteamericano tomó uno de los blancos cilindros, lo puso entre sus labios húmedos de alcohol y chupó del humo con avaricia en cuanto Ángel se lo hubo encendido.

—Bueno —prosiguió Arthur expeliendo una espesa bocanada de humo—. Me sucedió lo que a todos, que después de una vida tan agitada hallé insoportable la muelle tarea de mi oficina. Encontré empleo en una compañía aérea. Mi sufrimiento moral era horrible, quería con toda mi alma a Carol y no podía olvidarla. Me di a beber. En el trabajo estaba continuamente distraído y cometí varios errores que casi estuvieron a punto de originar una catástrofe. Naturalmente,

me despidieron. Fui dando vueltas de una compañía de aviación a otra. Cada día bebía más, todos mis fracasos los ahogaba en whisky, hasta que finalmente me encontré como me ves, desacreditado, deshecho física y moralmente. Acabé comprando una vieja avioneta y me ofrecí a una agencia de publicidad para escribir con humo en el cielo cualquier cosa. Esa es mi ocupación actual. ¿No me has visto actuar este medio día?

—No. Llegamos anoche y me he estado casi todo el día durmiendo. Temo que no voy a poder ayudarte, Arthur -murmuró Ángel-. Tuve sólo un poco más de suerte que tú. Créeme, que siento no poder ayudarte más que con un centenar de dólares.

—No te he buscado para que me dieras dinero, Ángel —sonrió el americano con amargura—. Ni tampoco para que me ayudaras. Soy un caso perdido, lo, sé. Solamente quería verte y charlar un poco... Oye, ¿qué es eso de los platillos volantes? ¿De veras hay quien se ocupa de ellos seriamente?

—Ya lo creo. Nada menos que la O. N. U.

—Yo los he visto —aseguró Arthur volviendo a tomar la botella.

—Deja en paz el whisky, Arthur —suplicó el español arrancándole la botella de las manos-. Salgamos de aquí, ¿quieres? Me duele la cabeza con tanto humo y jaleo.

Al ponerse de pie Arthur se tambaleó. Ángel le tomó por un brazo y le empujó hacia la puerta, no sin que antes tomara el americano la botella y se la metiera en uno de los bolsillos.

Salieron a la calle.

—Te acompañaré a tu casa —dijo Ángel—, ¿Dónde vives?

—Tengo un cuartucho en una casa vieja.

—Pues vamos allá.

Ángel llamó a un taxi y metió dentro a su amigo subiendo detrás. Arthur dictó una dirección al conductor indostánico, y el coche se puso en movimiento con gran estrépito de chatarra.

—Cuéntame cosas de esos platillos volantes —solicitó Arthur volviendo a sacar la botella—. ¿Habéis encontrado alguno?

—Eso es lo más gracioso del caso —sonrió Ángel—. El jefe de nuestra expedición "científica" es el profesor Stefansson. Tiene un pequeño despacho en el edificio oficial de la O. N. U., lleno de una preciosa y absurda secretaria y de recortes de periódico. Todos los recortes versan sobre platillos volantes y posibles pobladores dé los planetas, pero el profesor parece ser el único hombre de la tierra que no ha visto un platillo volante, pesé a pasarse todo su tiempo buscándolos.

—No tienen nada de extraordinario —dijo Arthur—. Yo vi una cosa redonda de color verde volando a quinientas millas por hora una noche. Ignoro si era un platillo volante, pero tenía todas las

características que de esos artefactos din los relatos que he leído de algunos años a esta parte en los periódicos.

El taxi saltaba en los baches. Súbitamente se detuvo.

—Tenemos que bajar aquí —explicó Arthur—. Mi calle es tan estrecha que apenas si pueden pasar las vacas sagradas de mis vecinos.

Se apearon. Ángel pagó al conductor y siguió a su amigo, que andaba haciendo eses de una pared a otra de la angosta callejuela. Estaba muy mal alumbrada y empedrada de forma desigual por puntiagudos guijarros. Saltando los numerosos y pestilentes charcos, sosteniendo a su amigo y maldiciendo en voz baja, Ángel reflexionaba sobre lo que la vida puede hacer con un hombre. Arthur se detuvo ante un sombrío y ruinoso portal.

—Aquí vivo— anunció tras un hipido.

—Entremos.

El patio era húmedo, oscuro y maloliente. Ascendieron por una vieja y rechinante escalera desprovista de barandilla. El español vigilaba receloso los vaivenes de su amigo, pero contra lo qué temía, Arthur llegó a la planta alta sin precipitarse por el hueco de la escalera. Se detuvieron frente a una baja y estrecha puertecilla y Arthur se dio a rebuscar por sus bolsillos.

—Enciende tu mechero —solicitó. Ángel lo hizo.

—La puerta está abierta —observó empujándola.

—Muchas veces me olvido de cerrarla.

Entraron en el cuartucho a la luz de la llama del mechero de Ángel. Olía a local cerrado sin ventilar, a polvo y a orines de rata. Arthur tomó un pedazo de bujía y puso el pabilo en contacto con la llama del encendedor. Su mano vacilaba, pero consiguió finalmente su propósito. Metió la bujía en el gollete de una botella y depositó esta sobre una carcomida cómoda.

Mientras hacía todo esto, Miguel miró con aprensión a su alrededor. No había en la habitación más muebles que la cómoda, un espejo desazogado, un catre al fondo, y junto a éste una silla coja y un palanganero con su cubo. Al mirar hacia el catre, Ángel dio un respingo de sobresalto. Algo rebulló y saltó a tierra dificultosamente. Luego anduvo unos pasos hasta colocarse en el centro del cuartucho.

El español miró a su amigo y le vio atónito, con los ojos y la boca abierta de par en par, sin proferir palabra. La figura que se mostraba a sus ojos era una anciana de corta estatura, casi una enana de temblequeantes miembros. Tenía redonda la cara, espantosamente fea, plegada la piel en miles de diminutas arrugas. Sus ojos eran pequeños y oblicuos, y entre los párpados vueltos hacia el globo brillaban como carbones dos pupilas maquiavélicas. Vestía negros ropajes, sucios y desgarrados, y por debajo del pañuelo que arrollaba su cabeza salía un mechón de cabellos blancos como la nieve.

Emergiendo como una figura sin perfil del fondo oscuro del mísero cuarto, se mostró ante los asombrados ojos de los jóvenes como una visión de pesadilla. Se adelantó renqueando y lanzando gemidos, tendidas las manos temblorosas hacia Arthur, y sus brazos descarnados agitáronse como resecos sarmientos que pretendieran asirse desesperadamente al aire.

— ¿Qué significa esto? —Preguntó Arthur— ¿Quién es usted?

La anciana se echó a llorar ocultando la cara entre las sarmentosas manos.

— Seguramente una pobre mendiga que halló la puerta abierta y se puso a dormir en tu catre— argüyó Ángel.

¡No...no...! gimió una voz cascada y temblorosa, que parecía salir de las paredes pero que, indudablemente, procedía de la vieja.

Los dos amigos cruzaron una mirada de perplejidad. La anciana levantó su marchito rostro, y entonces pudieron ver que estaba llorando con gruesos lagrimones que surcaban las enflaquecidas mejillas saltando de arruga en arruga.

—Vengo de muy lejos...—gimoteó la mujer tendiendo hacia el norteamericano sus manos negras y tremulantes—. ¡He andado día y noche, arrastrándome por los caminos...sólo para hablarte Arthur!

¿A mí? —saltó Arthur con un respingo de sorpresa—. ¿Acaso me conoce?

—Yo te conozco, Arthur ...y me has conocido a mí.

¡No! —gritó el joven—. ¿Quien es usted?

— ¡Tengo miedo de decirlo, Arthur...! ¡Temo que no vas a creerme, que no puedes creerme...y sin embargo, sólo tú puedes ayudarme...!

Ángel miró a hurtadillas a su amigo. Le vio humedecerse los labios con la lengua y restregar los pies en el suelo con inquietud.

La luz agonizante de la vela chisporroteaba en el aro de oro que pendía del lóbulo de la mujer, estirado cual si mantuviera aquel peso durante siglos. Un silencio denso y sofocante cernióse sobre el lóbrego espacio de esta miserable habitación. Miguel Ángel creyó percibir el aleteo de una sombra que rozaba su frente con el frío viscoso de la muerte. Tuvo el presentimiento atroz de una inminente calamidad que nada ni nadie podía detener.

— ¿Quién es usted —tornó a preguntar Arthur, que había palidecido intensamente.

— ¡Dios mió... Dios mió...! —sollozó la anciana—. ¿Ni siquiera me presientes, Arthur? ¡Yo soy Carol Mitchel...!

CAPITULO IV
AL TIBET

El silencio era tan denso que daba la impresión de poderse cortar con un cuchillo. Los dos amigos se miraron, y de pronto estallaron en una carcajada.

—Pero mujer... —exclamó Arthur—. ¿No se le ocurrió otra a quien parecerse? De usted a Carol Mitchel hay tanta distancia como...

La vieja se dejó caer de rodillas en el suelo con tanta violencia que el choque de sus rótulas produjeron un ruido parecido al de unas muletas de madera.

— ¡Arthur... escúchame... no me digas tú también que estoy loca! —imploró arrastrándose hasta el joven y abrazándose desesperadamente a sus rodillas—. ¡Déjame que te explique... concédeme sólo un minuto... por el amor de Dios... por el amor que me tuviste... por lo que más ames en este mundo! ¡Yo soy Carol... créeme, Arthur! ¡Dios mío... voy a enloquecer!

Arthur puso su mano sobre la cabeza de la anciana.

—Cálmese, buena mujer —rogó compasivo—. ¿No comprende que lo que está diciendo es imposible? Carol Mitchel es joven y bella...

— ¡Yo soy la Carol Mitchel que tú amaste, Arthur!

— ¡Y dale! —rezongó el americano.

— ¡Yo soy Carol! —chilló ella con voz aguda y desesperada que puso de punta los cabellos de Ángel—. ¡Puedo demostrártelo! ¡Pregúntame lo que quieras! Mira este anillo, ¿lo recuerdas? Es de tu madre y lleva grabada dentro la fecha en que se casó... Tú me lo diste la noche que me besaste por primera vez en el jardín de los Tramors... ¿te acuerdas de los Tramors? El era muy alto y delgado y ella menuda y regordeta... El estaba paralítico de una pierna y se apoyaba para andar en un bastón... A tí te sorprendía el modo de quererse de aquellos dos seres de tan distinta naturaleza. Tenían una niñita rubia, llamada Susana, que sentía gran predilección por tí...

— ¡Basta! —rugió Arthur. Y tomando bruscamente el anillo que la anciana le tendía fue a examinarlo bajo la luz de la vela.

Ángel se acercó a su amigo y miró el anillo sobre el hombro de Arthur.

—Es verdad... —murmuró el americano—. ¡Este anillo fue de mi madre y yo se lo di a Carol!

—No irás a creer que esta mujer sea Carol —susurró Ángel al oído de su compañero.

— ¡Claro que no! —respondió Arthur en el mismo tono de voz—. Sin embargo, esta loca sabe bastante de Carol. Además, entre la descripción que hacían los periódicos de Carol constaba este anillo. Me sorprendió enormemente, porque yo creí que mi novia habría tirado este recuerdo a la basura junto con todo lo mío.

— ¿Crees, entonces, que esta mujer ha estado con Carol después que hubo desaparecido?

—Por fuerza tuvo que verla… y también hablarla. Carol, con toda seguridad, dio a esta vieja el anillo y le refirió varios pasajes de su vida. Ignoro con qué propósito, pero debió de ser así.

—Pudiera ser que tu ex novia estuviera en alguna parte retenida contra su voluntad, y que no teniendo más mensajero que esta vieja para comunicarse con el exterior le diera el anillo a modo de prenda. Su propósito, indudablemente, fue atraer la atención de la policía hacia la vieja. Esta mujer debe saber dónde está Carol.

Arthur se volvió hacia la gimoteante anciana.

— ¿Dónde está Carol Mitchel? —le preguntó con voz enérgica.

—Escúchame, Arthur —suplicó la mujeruca alzando sus manos—. ¡Es todo tan increíble…! ¡Pero te juro que es verdad! El profesor Mattox sobornó a nuestro piloto para que nos llevara al Tibet en vez de a Teherán… i Y allí, con la ayuda de los hombres grises, me robó mi cuerpo…! ¡Me robó mi cuerpo!

— ¿Pero… qué absurdos está diciendo? —gritó Arthur horrorizado —. ¡Usted es una loca!

— ¡Yo soy Carol Mitchel…! —chilló ella con desesperación agarrándose con fuerza a la ropa de Arthur—. Me robaron mi cuerpo… y me pusieron dentro de este viejo y horrible. ¡Tienes que ayudarme, Arthur! ¡Tienes que ayudarme a recuperar mi cuerpo… a quitárselo a Sakya Kuku Ñor y a devolverme a él! ¿Comprendes ahora? ¡El profesor y los hombres grises sacaron mi cerebro de mi cuerpo y lo trasplantaron en el cuerpo de Sakya Kuku Ñor! ¡Y el cerebro de Sakya está ahora en mi cuerpo… en mi cuerpo… en el que tú conoces a Carol… ¡Arthur, créeme!

— ¡No… no…! —gritó el norteamericano mirando a la horrible vieja con ojos desorbitados—. ¡Todo eso es una mentira… no puede ser verdad…!

—Sí… Sí es verdad… ¿Comprendes ahora que esté próxima a enloquecer? ¿Comprendes lo horrible que es tener un cerebro joven y un cuerpo con más de un siglo de edad? ¡Mírame, Arthur… mírame! ¡Yo soy aquella Carol que tú querías… aunque este cuerpo no sea el mismo, YO SI SOY LA MISMA! ¡Yo era hermosa ayer… yo era joven! ¡Y ahora soy horrible… soy vieja… siento próxima la muerte… y nadie quiere creer que sea Carol Mitchel! Calló la mujer ahogada por sus sollozos. Arthur mirábala horrorizado. Ángel, con la espalda y la frente bañada de sudor frío, contemplaba la alucinante escena con la cabeza llena de brumas y el corazón en un puño. Ni siquiera oyeron los crujidos de la escalera, lamentándose bajo el peso de algún cuerpo. La puerta se abrió de pronto con violencia.

Los dos jóvenes, arrancados con brusquedad de su estupor,

volvieron los ojos hacia el hombre que acababa de aparecer en ,el vano. Era ancho y corto de estatura, moreno, de facciones aplastadas y ojillos oblicuos, fijos en la vieja con un brillo de malignidad-

— ¿Qué significa esto? —preguntó Arthur avanzando un paso hacia él—. ¿Qué quiere usted?

Detrás del hombre asomaron otros. El que parecía encabezar la tropilla dio una orden gutural. Cuatro o cinco hombres se lanzaron como uno sólo dentro de la habitación esgrimiendo cortos y robustos garrotes. Alguien apagó la luz de un manotazo, y antes de que esto sucediera, Ángel pudo ver a su amigo caer arrollado bajo el alud humano.

Una lluvia de puñetazos y bastonazos cayó sobre los dos amigos sin más ruido que el rumor de pies y un chillido espeluznante que hendió la oscuridad como un estilete.

Ángel recibió un bastonazo sobre un oído. Unos brazos vigorosos le empujaron contra el catre de Arthur, y el catre se vino abajo con terrible estrépito. Las maderas del piso crujían. Se escuchó un grito de dolor. Ángel movió sus piernas y sus brazos con furia, rechazando a los hombres que tenía encima. Movió los puños cerrados a su alrededor y por dos veces en la oscuridad los sintió chocar contra algún rostro. Arthur rugía como un león. Se oyó una orden dada en aquel idioma extraño. Ángel se sintió soltado. Entonces se lanzó hacia adelante y topó con alguien, que le abrazó con fuerza. Rodaron por el piso. El español se sintió mordido con ferocidad en un hombro. Alejó de sí al enemigo con un furioso puñetazo a la barbilla y se puso en pie, pero se enredó con unas piernas y cayó de bruces al suelo.

Mientras se incorporaba vio el leve resplandor de la puerta abierta y escuchó rumor de pisadas que hacían crujir la escalera. Súbitamente todo quedó en silencio.

— ¡Arthur! —llamó el español moviendo las manos a su alrededor.

Un gemido le respondió desde el suelo.

—Se han ido - rezongó Ángel encendiendo su mechero.

La llama del mechero de gas le mostró un estropicio descomunal. Los escasos muebles aparecían tirados en desorden por todas partes. En el suelo, toda pisoteada, estaba la bujía. Ángel la puso en pie y la encendió. Vio A su amigo haciendo esfuerzos por incorporarse y le ayudó. Arthur se acariciaba la mandíbula.

— ¿Llevaban consigo una muía? —preguntó.

—Yo diría que sí —repuso Ángel—. Por lo menos el mordisco que me han dado en el hombro era de caballo.

—Temo haber sido yo el caballo del mordisco - rezongó el americano poniéndose en pie.

— ¿Fuiste tú? ¡Entonces la muía que te dio la coz era yo!

—Siempre tuviste una dura pegada, amigo —sonrió Arthur. Y

mirando a su alrededor 'exclamó:— ¡Toma, ha desaparecido la vieja!

Ángel vio brillar un objeto a sus pies. Recogiéndolo lo mostró a Arthur.

— ¡El anillo que le regalé a Carol! —murmuró el joven tomándolo —. ¡Qué cosas están ocurriendo esta noche! ¿Tú qué piensas de todo esto, Ángel?

—Mi parecer ya te lo expuse antes —dijo el español encogiéndose de hombros—. Y lo que acaba de ocurrir reafirma mis sospechas. Fuera al Tibet, como decía esa vieja loca, o a cualquier otra parte, es el caso que el avión en que viajaban los Mitchel se salió de su ruta y fue a tomar tierra en un lugar convenido de antemano entre el piloto del "Cessna" y otros individuos. Ni el señor Mitchel ni su hija murieron. Carol está prisionera en alguna parte, dio a esa vieja su anillo y tu nombre y le encargó que te buscara. Sin duda, los raptores de Carol lo descubrieron todo y han venido por la vieja para impedir que nos condujera hasta la muchacha.

— ¡Ángel! —exclamó Arthur excitado—. ¡Creo que estamos a dos pasos de ganarnos esos 300.000 dólares de recompensa!

— ¿De veras? Me gustaría saber cómo.

— ¿No has oído lo que dijo la vieja? El profesor Mattox fue quien sobornó al piloto del "Cessna" y tiene prisionera a Carol. Ya tenemos una pista: la del profesor.

— ¿Conoces acaso a ese hombre?

—He oído o leído su nombre en alguna parte, y no recuerdo dónde. Sabemos por lo pronto que Carol está en el Tibet.

— ¿Lo sabemos? ¿Quieres decir que das por cierta la historia de esa vieja chiflada?

— ¿Por qué no? Es una historia bastante lógica la que contó.

— ¿Incluso lo del trasplante de cerebros y lo.de los hombres grises?

Arthur hundió los dedos engarfiados entre sus revueltos y húmedos cabellos y fijó en Ángel una mirada de angustia.

—No sé... no sé... —murmuró- ¡Si no hubiera bebido tanto whisky esta noche...! La cabeza me da vueltas... no sé que pensar. Y sin embargo, presiento en todo esto algo terrible y cierto. Algo de lo que nos contó la vieja era verdad. Si yo tuviera un avión bueno volaría inmediatamente hacia el Tibet...

— ¿Y qué harías una vez allí? ¿Ir preguntando de pueblo en pueblo por la vieja loca o por Carol Mitchel?

—Tal vez sí, ¿quién sabe? Esa mujeruca mencionó otro nombre; Sakya Kuku Ñor. ¡Cielos, vaya lío! ¿Quién es el profesor Mattox?

— Demasiadas preguntas para una sola vez —sonrió Ángel—, Vámonos a dormir ahora. Mañana, con la cabeza más despejada, tal vez se nos ocurra una buena idea. Arthur miró a su alrededor.

—Vendrás a dormir conmigo a mi hotel —dijo Ángel adivinando su pensamiento—. En mi habitación hay dos buenas camas.

—Acepto tu invitación. Vamos.

Salieron a la calle y echaron a andar hacia el hotel Iban silenciosos, encerrados los dos en sus íntimos pensamientos. Aunque esforzábase por echar a broma lo ocurrido. Ángel no podía olvidar el patético acento de la vieja ni el efecto tan profundo que le causaron sus lamentos y sus palabras. ¡Trasplante de cerebros y de cuerpos! Era absurdo todo. ¿Y qué significaba aquello de los hombres grises? Mister Mitchel había sido encontrado vagando por la selva de Haidarabad, loco y hablando de unos hombres grises. Esta noche, otro personaje que parecía privado de razón volvía a mencionar a los hombres grises. ¿Coincidencia?

—Arthur —dijo a su amigo cuando llegaban al hotel—. Sé de una persona a quién le interesará lo que nos contó esa mujer. ¿Quieres que se lo digamos?

— ¿Puede ayudarnos a encontrar a Carol?

—Indirectamente... sí.

— ¿Qué quieres decir con eso de indirectamente?

—El hombre de quien te hablo es el profesor Stefansson, jefe de la "Astral Information Office". Ha venido a la India exprofesamente para interrogar a mister Mitchel y ver qué hay de cierto sobre esos hombres grises, de modo que si le referimos nuestra aventura de esta noche, lo más probable es que se lance tras la pista de Carol sin vacilar un segundo.

— ¡Mil bombas! —exclamó Arthur—. A eso le llamo yo tener suerte. Vamos corriendo a buscar a ese hombre... y que el cielo bendiga a los chiflados que se dedican a buscar hombres grises.

Entraron en el hotel. El vestíbulo estaba desierto y el conserje lanzó una mirada desconfiada sobre Arthur, mas viéndole en compañía de Ángel no osó oponerse a su entrada.

Ascendieron las escaleras, se detuvieron ante la puerta de la habitación del profesor y Ángel llamó con los nudillos. Salió a abrirles el propio mister Stefansson. Iba completamente vestido. Los dos aviadores pudieron ver a la hermosa Bárbara Watt, sentada ante una minúscula máquina de escribir.

—Perdone que le interrumpa, profesor —dijo Ángel—. Le presento a un viejo amigo mío, el ex—capitán Arthur Winfield, piloto de la Air Force. Nos acaba de ocurrir algo que queremos contarle...

—Bien, pasen ustedes —dijo el profesor—. Estábamos haciendo el informe sobre el caso Mitchel.

— ¿Averiguó algo acerca de esos hombres grises? —preguntó el español entrando y saludando con un frío movimiento de cabeza a Bárbara, que le correspondió con un mohín de desprecio.

— ¡Oh, nada! Por lo pronto ya nos costó trabajo llegar hasta mister Mitchel. Su hijo se oponía a que le molestáramos. En verdad no merecía la pena haber venido. El hombre está completamente loco y no pronuncia más palabras que: "¡Los hombres grises de Venus! ".

—Eso era lo que usted ansiaba oírle decir, ¿no es cierto?

—Sí, es verdad. En fin, nada hemos sacado en limpio. Entre nosotros, y a modo de confidencia, les diré que sospecho del hijo de mister Mitchel. Pudiera ser él quien hizo desaparecer al avión, y con éste a su padre y a su hermana. Aunque ya apareció su padre mantiene en pie su promesa de regalar trescientos mil dólares a quien presente "viva o muerta" a Carol Mitchel. ¿No es mucho dinero trescientos mil dólares? Claro, que si por esa cantidad apareciera muerta Carol Mitchel, su hermano podía darse por satisfecho. Heredaría la totalidad de la fortuna de su padre.

—Hace mal en pensar eso de John Mitchel hijo —intercedió Arthur —. John adoraba a su hermana.

— ¿Cómo lo sabe usted? —interrogó el profesor.

—Fui novio de Carol... hace algún tiempo. El profesor se volvió hacia Ángel.

—Es cierto, mister Stefansson —corroboró el español.

—Bien. Lo celebro. Por mi gusto, Carol Mitchel debiera haber sido raptada efectivamente por los hombres grises de Venus. Una historia apasionante de un avión atacado por platillos volantes y sus pasajeros raptados por hombres extraterrestres es lo que me hubiera complacido. Veamos lo que tenía que contarme. ¿Han visto algún platillo volante?

—Hemos visto y oído algo más fantástico. Permítame que se lo cuente —sonrió Miguel Ángel. Y acto seguido narró al profesor la aparición de la vieja, su inverosímil historia y el inesperado desenlace.

Mister Stefansson les escuchó hasta el final con mudos asentimientos de cabeza y un brillo de entusiasmo en los ojos agrandados por los gruesos cristales de sus gafas.

— ¡Estupendo... francamente estupendo! —exclamó al fin de la historia—. ¡Ah, eso ya merece la pena investigarse!

Se paseó arriba y abajo de la habitación, moviendo los brazos como aspas de molino y deteniéndose para lanzar exclamaciones de entusiasmo.

—Creo que empiezo a ver claro en el asunto —aseguró sin dejar de ir arriba y abajo—. Si miss Carol fue raptada fue para algo o por alguien que no piensa pedir rescate. ¿Y para que habían de raptarla si no fuera para pedir un fuerte rescate por su libertad? Pues sencillamente, porque miss Carol significa para su raptor infinitamente más que los trescientos mil dólares de recompensa y todo el dinero que John Mitchel pudiera dar encima. Supongamos que es posible

cambiar el cerebro... se trasplanta un riñon de una persona a otra... se trasplanta una córnea, un corazón. ¿Por qué no se ha de hacer igual con un cerebro?

— ¡Profesor! —exclamó Bárbara—, ¡Nunca fuimos tan lejos en nuestras fantasías!

— ¿Por qué han de ser fantasías? Hace siglos que la ciencia experimenta sobre esa posibilidad. La cirugía, que a diario nos ofrece milagros no menores, no desespera de conseguirlo algún día. No quiero decir que ya esté hecho, pero supongamos que alguien puede hacerlo y es capaz de meter el cerebro de una mujer vieja en el cuerpo de una muchacha joven y viceversa...

— ¡Profesor! —volvió a protestar la secretaria con cara de espanto.

—Suponga —prosiguió el profesor deteniéndose ante ella y apuntándole con su huesudo índice— que usted tiene un siglo de edad y puede vivir otro siglo cambiando su cerebro del cuerpo que tiene al de otra joven. Suponga que se le ofrece esa oportunidad y que ya está hecho el cambio. ¿Si le ofrecieran un millón de dólares lo aceptaría a cambio de abandonar el cuerpo joven y devolverlo a su legítima dueña?

—Creo... que no —balbuceó Bárbara ruborizándose.

— ¡Pues eso es exactamente lo ocurrido con Carol Mitchel! —gritó triunfalmente el viejo.

— ¡Pero profesor! —protestó la joven—. ¡Eso es tanto como dar por cierta la historia de esa vieja loca!

— ¿Y por qué no ha de ser cierto? Fíjese en lo que dijo a estos afortunados caballeros: "El profesor Mattox, con la ayuda de los hombres grises, efectuó el cambio robándome mi cuerpo." ¿No está claro como la luz del día? ¡Ese profesor era impotente para llevar a cabo operación tan complicada, pero la ciencia de los hombres grises de Venus, infinitamente más adelantada que la nuestra, hizo posible el sueño del médico terrestre!

Todos quedaron mirando atónitos al profesor.

— ¡Estupendo... estupendo...! —rió el hombrecillo restregándose las manos con satisfacción—. ¡Ahora ya no me cabe duda de la existencia real de los platillos volantes y sus tripulantes grises!

A espaldas de mister Stefansson, Arthur Winfield se llevó el índice a la sien e hizo mención de atornillar algo mirando a Ángel.

El profesor se volvió de repente. —Andrés —dijo haciendo una seña a Ángel—.Vaya a buscar a los muchachos y tenga preparado al "Cóndor" para salir inmediatamente hacia el Tibet.

— ¿Quiere decir que nos vamos... ahora mismo?

—En cuanto haya hecho algunas pesquisas. Quiero saber quién es ese profesor Mattox. Su nombre me suena... me suena.

—Mister Stefansson —dijo Arthur avanzando un paso—. ¿Querría

usted admitirme como miembro de la expedición? No quiero sueldo ni parte de la recompensa de trescientos mil dólares si por suerte encontramos a Carol Mitchel Mi interés en ayudarles es únicamente de índole moral...

—Puede acompañarnos, señor Winfield. Seguramente nos servirá de ayuda. En cuanto a esos trescientos mil dólares, una entidad oficial como la "Astral Information Office" no puede admitirlos como recompensa. Pudiera ocurrir, en cambio, que los cobrara usted como particular, y en tal caso podría darnos una pequeña parte, si ese es su gusto.

—Muchas gracias, profesor... cuente conmigo— aseguró Arthur sinceramente agradecido.

—Bárbara —dijo el profesor—. Búsqueme un guía que sepa hablar tibetano y conozca el país. Creo que nos hará falta- Voy a salir ahora y no sé cuando volveré. Espero que sea pronto. Para entonces les ruego que estén preparados... emprenderemos el viaje inmediatamente.

Miguel Ángel Aznar, Arthur Winfield y Bárbara Watt presenciaron silenciosos la precipitada salida del viejo. Luego, Bárbara descolgó el teléfono y Ángel hizo una seña a su amigo.

—Vamos Arthur. Llamaremos a los muchachos.

CAPITULO V
LA PISTA CONDUCE A LOS MONTES DAGLAS

La tripulación del "Cóndor" no se encontraba en el Hotel. George Paiton, Richard Balmer y Walter Chase salieron en plan de diversión después del almuerzo y se ignoraba su paradero.

—Bueno, no importa —dijo Miguel Ángel—. De todas maneras no vamos a despegar antes de mañana.

Miguel Ángel decidió de todas formas ir al aeropuerto. Si el CÓNDOR tenía que volar al día siguiente, convendría tenerlo listo dando las órdenes oportunas para que se efectuara el cambio de aceite y se llenaran los depósitos de gasolina, al tiempo que se verificaba una total revisión del resto del aparato.

En el taxi que les conducía al aeródromo Miguel Ángel preguntó:

— ¿Has volado alguna vez sobre el Tibet, Arthur?

—No, jamás.

—Ni yo. En realidad, ¿qué conocemos del Tibet?

—Los chinos ocuparon militarmente el país y el Dalai Lama salió corriendo. Se trata de una región de difícil acceso. Tendremos que volar sobre las montañas más altas del mundo y luego,., ¡demonio, Miguel! Ni siquiera sabemos si vamos a encontrar un aeródromo donde aterrizar.

—Tenemos a bordo una colección muy completa de mapas. Les echaremos un vistazo.

Poco después llegaban al aeropuerto internacional de Calcuta, dejaban el taxi y daban una buena caminata hasta el lugar donde el "Cóndor" permanecía aparcado. Arthur Winfield dejó escapar un silbido de admiración cuando su amigo encendió las luces de la cabina.

—Voláis a todo confort, eh? Después de todo no debes pasártelo tan mal con esa cuadrilla de chiflados. Y la secretaria del mister Stefansson, ¡bueno, la secretaria está como un camión! ¿Ella os acompaña a todas partes?

—Sí, por mi desgracia. Sígueme, vamos a examinar esos mapas.

En la cabina del navegador encontraron una copiosa colección de cartas geográficas que abarcaban todo el mundo conocido. El Cóndor estaba siempre preparado para volar a cualquier parte, y esta colección de mapas formaba parte de su equipo.

Pese a tan completa provisión cartográfica, descubrieron con disgusto que sólo existía un mapa del Tibet. Y en este, grandes espacios en blanco o levemente rayados indicaban que no había datos sobre vastas extensiones inexploradas. Algo llamó inmediatamente la atención de Miguel Ángel como experto piloto

—No hay radiofaros, ni siquiera aeródromos.

—Sólo muchos lagos por todas partes —observó Arthur Winfield.

—Esa podría ser la solución. ¡Un hidroplano!

—Hay algunos hidroaviones por esta zona. La mayoría son avionetas provistas de flotadores.

—Necesitaríamos un avión con techo sobrado para sobrevolar el Himalaya con radio de acción suficiente para ir al corazón del Tibet y regresar sin aprovisionarse de combustible... seguro y capaz para una tripulación de siete u ocho personas y abundante equipo...

—Sólo sé de uno que reúna esas características, un viejo "DC-4" con flotadores. Conozco a su dueño, un tipo que trabajaba acarreando equipo y personal para una Compañía que hacía sondeos petrolíferos en el delta. La compañía quebró, mi amigo no cobró un céntimo... y tampoco pudo pagar en el taller donde hacía poco le habían reparado el "DC-4". El propietario del taller embargó el avión...

—Ese cascarón ¿se conserva en buen estado?

—Muy bueno. Además, tú has volado en ellos. Sabes que los "Douglas" son irrompibles.

— Bueno —suspiró Miguel Ángel cerrando el libro de mapas—. Mañana veremos eso, hoy es demasiado tarde y estoy muerto de sueño.

Durmieron en el "Cóndor". A la mañana siguiente, despertados temprano por el trajín del aeródromo y el infernal ruido de los motores de reacción, se afeitaron y salieron para desayunar. Luego se dirigieron al río donde estaba o debía de estar el hidroavión.

El "DC-4", transformado en hidro con la adición de un largo flotador bajo cada ala, se balanceaba graciosamente sobre el agua amarrado a un muelle de madera, ante un taller especializado en motores de barcos.

El dueño del taller era un inglés muy correcto. Este confirmó más o menos la versión del asunto dada por Arthur Winfield. El hidro estaba embargado, a la espera de que su dueño liquidara los tres mil quinientos dólares que adeudaba al taller.

— ¿Y si nosotros liquidáramos la deuda del dueño del aparato? —preguntó Miguel Ángel Aznar.

—Tendrán que ponerse en contacto con el dueño. Por mi parte no hay inconveniente en arreglar este asunto.

El inglés les dio las señas de los lugares más o menos frecuentados por el dueño del "Douglas".

Hacia el mediodía estaban de regreso en el Hotel, luego de hablar con el dueño del "DC-4" y concretar los detalles de la operación.

— ¿Dónde puedo ver al profesor Stefansson? —preguntó Miguel Ángel a la señorita Watt.

—El profesor no ha regresado. Volvió anoche, ya tarde, durmió en el Hotel y se levantó antes que ninguno de nosotros. Se marchó sin dejar ningún recado.

— ¡Demonio de hombre! Bueno, ya regresará. Nosotros estaremos almorzando en el restaurante de este Hotel. ¿Quiere usted almorzar con nosotros?

—No debo apartarme del teléfono por si llamara el profesor. Tomaré cualquier cosa aquí mismo.

Miguel Ángel se encogió de hombros y salió con Arthur Winfield. Una hora después, mientras charlaban ante una taza de café en el restaurante, un botones del Hotel llamó a Miguel Ángel al teléfono.

Era Bárbara Watt.

—El profesor Stefansson ha regresado.

—Vamos para allá en seguida —dijo el joven.

Al entrar poco después en la habitación que el profesor había convertido en despacho encontraron al hombre muy excitado.

—Ya sé quién es el profesor Mattox —dijo—. Fui a la redacción de un periódico, di un vistazo a los números atrasados, fisgoneé en el archivo... y he aquí el resultado.

Mostró una cartulina, y en ella una fotografía pegada. La cartulina estaban escrita a máquina.

—Es la ficha de Roger Woolcott Mattox. Cirujano de profesión. Hace dos años fue procesado por haber practicado una operación ilegal en el cuerpo de un paciente. El profesor Mattox parece que perseguía de antiguo el modo de cambiar los cerebros. Hizo muchos experimentos con animales, y el último le llevó a la cárcel. Su paciente murió y Mattox fue condenado a cadena perpetua Escapó de la cárcel hará cosa de año y medio. Desde entonces no ha vuelto a saberse de él. ¿Qué les parece? Por algo me sonaba a mi ese nombre.

Arthur Winfield mostróse particularmente afectado.

— ¿Será posible que haya algo de verdad en lo que nos contó anoche aquella vieja? —murmuró asustado—. ¡Cielos! ¡Qué horror si, realmente, aquella mujer fuera Carol! Pero... eso es imposible... no puede ser cierto... sería demasiado monstruoso.

—Espero poderlo confirmar pronto —aseguró el profesor. Y sacando otra cartulina del bolsillo la mostró a los aviadores, preguntando:

—Conocen a esta cara?

—Este es el piloto que conducía el avión "Cessna" de los Mitchel —dijo Arthur inmediatamente.

—Cierto. Se trata de Alfred Kruif, el piloto de los Mitchel. Un piloto norteamericano que también peleó contra los japoneses. No hay antecedentes sospechosos de él, pero ese nombre es la base sobre la que se levanta este enigma. Si el avión no se estrelló contra tierra ni cayó al mar, este hombre lo llevó a alguna parte. Es muy probable que fuera al Tibet. ¿No creen?

Arthur pasó la fotografía a Ángel. El español echó una superficial

mirada sobre un rostro estrecho y alargado, de boca grande y fina que sonreía desde el retrato.

-Ahora sólo me falta hacer otra indagación acerca de los Mitchel. Si el rapto de Carol Mitchel fue premeditado es porque el profesor Mattox tenía un especial interés en que fuera esta muchacha su víctima. Salta a la vista que esto es algo extraño. Si el único propósito que guiaba a Mattox era hacer un experimento, pudo haberse servido de cualquier mujer más accesible y que metiera menos ruido que Carol Mitchel. Tiene que haber algún punto de contacto entre el raptor y su víctima, y eso voy a saberlo en cuanto pueda hablar con John Mitchel. Vuelvo a la ciudad.

Ángel expuso entonces su propósito de cambiar de avión.

—No hay aeródromos en el Tibet. Es posible que los chinos hayan construido alguno, pero será para uso exclusivo de los aviones militares y no hay que contar con ellos. El país tiene muchos lagos. Creo que convendría cambiar nuestro avión por un hidro.

—Bien, búsquelo.

—Ya está buscado. Sólo hay en Calcuta uno que nos puede servir, un "DC-4" convertido en hidroavión. El aparato está embargado, pero su dueño nos lo cederá por un par de semanas si lo librarnos de las deudas que, pesan sobre él. Total, cuatro mil dólares.

Contra lo que Miguel Ángel temía el profesor no se inmutó.

—Muy bien, acompáñeme al Banco y retiraremos esa cantidad de nuestro fondo. ¿El avión estará listo para despegar mañana?

—Trabajaremos para que lo esté.

—Dejo ese asunto en sus manos.

Miguel Ángel Aznar acompañó al profesor Stefansson al centro de la ciudad mientras Arthur Winfield iba. a buscar al dueño del "DC-4".

Con el dinero en el bolsillo Miguel Ángel fue a reunirse más tarde con Winfield en el muelle. La operación de liberar al "DC-4" del embargo que pesaba sobre él se realizó sin contratiempos. El dueño del taller recibió el dinero que se le debía, Miguel Ángel pagó las costas del Juzgado y el resto se empleó para sacar un seguro al hidro, quedando un pequeño remanente para el dueño.

La tripulación del "Cóndor" había llegado mientras tanto y procedió a asear la cabina del hidroavión acarreando en taxi desde el aeropuerto internacional parte del equipo del "DC-8".

Regresaron a comer al Hotel, subiendo primero a sus habitaciones para quitarse la grasa que traían en las manos y la cara. Antes de comer regresó el profesor Stefansson. Acompañaba al vejete un mozo alto y flaco, vestido con pantalón y guerrera del ejército británico y envuelta la cabeza en un turbante. Era Baiserab, el guía que para la expedición había solicitado Watt a una agencia turística inglesa. En cuanto al profesor, venía muy contento.

—La que me figuraba —dijo en cuanto se hubo reunido con su secretaria y con Ángel—. El doctor Mattox tuvo relaciones amistosas con los Mitchel. Parece que operó al padre de Carol y que éste, en agradecimiento, le abrió las puertas de su casa. El doctor, según se desprende de la explicación de John Mitchel, se enamoró como un cadete de Carol, la importunó bastante y, finalmente, la muchacha fue con quejas a su padre. Este despidió a Mattox con alguna brusquedad y el doctor se fue jurando que se acordarían de aquello. Más tarde, cuando los Mitchel supieron lo del proceso del doctor, se felicitaron de haberlo expulsado… y ahí acaba la historia.

— ¿Cree usted que, de ser verdad la historia de la vieja tibetana, Mattox se vengó de Carol robándole su cuerpo y metiéndole en el de una anciana?

—Sería una venganza atroz, ¿verdad? —preguntó él profesor.

— ¡Cielos, sí! —murmuró la secretaria, estremeciéndose de frío.

—Bueno. Puesto que ya está todo preparado, vamos a emprender la marcha.

Se detuvieron en Bhagpur, cuatrocientos kilómetros al Norte de Calcuta, para rellenar los depósitos de gasolina. Desde aquí divisábase en el horizonte la mole imponente del Himalaya con sus cimas coronadas de blancos vapores. Aquellas eran las puertas del "Techo del Mundo", como quien decía las de la aventura, y la excitación a bordo era enorme.

Un poco más tarde, volando sobre los enhiestos picachos de la brava cordillera, el entusiasmo cayó en una laguna como entre dos paréntesis. Las corrientes de aire, traidoras e inesperadas, tan pronto les remontaban hasta los ocho mil metros como al sobrevolar una hondonada, les hacía bajar bruscamente dos o tres mil metros, originando una serie de sobresaltos que hicieron correr a Baiserab hacia el lavatorio con grandes prisas.

Aquí tuvo Miguel Ángel sobrada ocasión de demostrar sus conocimientos aviatorios en lucha abierta contra los ardides de la malintencionada naturaleza. Sus músculos, jóvenes y tensos, estaban siempre preparados para saltar como un muelle, y así, subiendo ahora, hacia las nubes, cayendo después en el vacío hacia tierra, pasando entre nevadas cumbres y rozando en más de una ocasión con las alas los ventisqueros himalayos, el avión logró salir de la fragosidad salvaje de la cordillera y sobrevolar la alta meseta tibetana surcada por profundas barrancas, verdes valles, angostos cañones y encantadoras vaguadas, todo en una mutación rápida que recordaba las secuencias súbitas de una cinta documental, rodada en varios países y tiradas en un solo rollo.

Mediada la tarde, tras haber pasado acariciando con los flotadores unos agudos picachos, el cauce del Brahmaputra se tendió a sus pies.

Poco después Lhasa emergía del horizonte como una mota parduzca que aumentó rápidamente de tamaño. Ángel observó la dirección del viento que inclinaba la humareda de una chimenea fabril y, haciendo perder altura al avión, se dejó caer sobre las aguas del río Uimuran.

Después de correr sobre las aguas, el Douglas se detuvo y puso proa a la orilla, de donde se destacó en seguida un bote de remos que fue a abordar la barquilla del aparato.

Apenas abrieron la portezuela se dejó sentir un frío que a los viajeros, procedentes de la India, les pareció bastante intenso. El profesor anunció su intención de desembarcar inmediatamente e invitó a su secretaria para que le acompañase.

— ¿Qué se propone hacer? —le preguntó Arthur, que parecía haber caído en gracia al profesor.

—Voy a presentar mis respetos al representante del gobierno chino, y de paso a preguntarle por esa Sakya Kuku Ñor, No tengo grandes esperanzas de que *se* la conozca, pero pudiera ocurrir que se tratara de algún personaje de cierta importancia. Puede acompañarnos si ese es su gusto.

— ¿Me permite que vaya yo también? —preguntó Ángel, deseoso de estirar las piernas.

Consintió el profesor, y poco después, ya provistos de ropa de más abrigo, saltaban al bote que les estaba esperando. El bote iba ocupado por dos tibetanos desastrosamente vestidos y otro hombre que parecía ser un personaje a juzgar por la profusión de galones con que se adornaba. Este hombre les saludó sacándoles la lengua repetidas veces y rascándose la oreja, cosa que, según Bárbara Watt, era el más cortés de los saludos tibetanos.

Acompañaba al grupo Baiserab, el guía indio, y por este supieron que el hombre de los galones era un simple policía.

El bote atracó a la cenagosa ribera. Los viajeros pusieron pie en tierra firme, donde al punto fueron rodeados por nutrido grupo de hombres de largos ropajes algo recogidos a la cintura por cuerdas, de sucios y astrosos muchachos y de famélicos y feroces perros. El policía ahuyentó a los curiosos con voces y amenazas del bastón que empuñaba y el círculo se ensanchó. Los tibetanos, explicó Bárbara, sienten un gran respeto por la autoridad y todo cuanto representa el poder gubernamental, que en el Tibet está formando cuerpo con el poder religioso empuñado por los lamas.

—Parece muy bien enterada —comentó Ángel irónicamente.

—Antes de salir de Calcuta me informé bien en la Enciclopedia Británica.

El profesor Stefansson, por mediación de Baiserab, hizo saber al policía que deseaba ser llevado a presencia del "Kalun".

—Dígale también que ayuden a nuestros muchachos a amarrar el

avión.

Apenas el policía hubo expuesto los deseos de los extranjeros, veinte amables tibetanos tomaron sus botes para acercarse al "Cóndor" y tomar las amarras que les tendían los aviadores.

Los viajeros, siempre rodeados a respetuosa distancia por hombres, niños y perros, echaron a andar en seguimiento del policía, que parecía próximo a reventar de orgullo. Por las calles tortuosas y mal empedradas rebotaban las ruedas macizas de chirriantes carretas tiradas por yaks y bueyes sucios de barro y boñiga. Los perros ladraban al barullo de la multitud que seguía a los americanos y los rebaños de cabras apartábanse empujados por sus enanos pastores armados de largas varas. Finalmente llegaron al "palacio" del "kalun".

El "kalun", Yuru Singh, alto representante del Gobierno chino en Lhasa, resultó ser un joven de estudios universitarios, inteligente y activo. Recibió a los expedicionarios con grandes muestras de simpatía, y dejando a un lado las tradicionales reverencias de los de su raza les estrechó las manos ordenando servirles sendas tazas de té.

No era la hora muy apropiada para el brebaje pero los viajeros lo tomaron mientras escuchaban el correcto inglés del joven chino.

Él profesor dijo al "kalun" que viajaban por todo el mundo para recopilar datos acerca de los misteriosos platillos volantes.

—Ciertamente —repuso el chino—. La presencia de esos extraños discos luminosos es frecuente en los cielos del Tibet.

—Por conductos un tanto extraños —dijo el profesor-hemos escuchado una especie de leyenda. Según ésta, hay en el Tibet un territorio regido por una mujer llamada Sakya Kuku Ñor. Los súbditos de Sakya tuvieron ocasión de capturar un platillo volante en tierra y también a sus tripulantes. Estos eran unos hombrecillos menudos, de forma extraña, que murieron, según parece, en el accidente.

El joven chino sonrió.

—Jamás oí historia parecida —aseguró. ¿Dónde la escucharon?

—En el Turestán —respondió el sabio sin vacilar.

—El Tibet es un país rico en leyendas —confirmó e joven oriental —. Pero eso se debe seguramente la prodigiosa imaginación de nuestro pueblo más que hechos reales donde basar tanta fantasía. Hay profusión de leyendas chinas asegurando la existencia de los "gheressun-bambursh" en las montañas de Altyn-Tag. Este vocablo significa hombres salvajes. Parece que según la leyenda, viven en plena edad de piedra, que se dedican a la caza, acechando sus presas en las inmediaciones de los arroyos y lagos para matarlas a pedradas. Las comen en seguida, cortando la carne con trozos de piedra afilada, se procuran fuego con sílex y huyen ante los extranjeros, corriendo tan velozmente que ni un jinete montado en un buen caballo podría alcanzarlos... Sí, hay muchas leyendas en este país. Y, por lo general,

también en el resto del mundo se cree que esta tierra es la más propicia para desarrollar toda clase de especies fantásticas.

— ¿No es así?

—Ciertamente, el Tibet es enorme, muchas de sus cadenas de montañas son actualmente inaccesibles y las escasas comunicaciones con el interior mantiene al país considerablemente atrasado. Sin embargo, cualquier cosa fantástica puede ocurrir lo mismo en el Tibet que en otra parte del mundo... incluida Norteamérica.

— ¿Y de esa Sakya Kuku Ñor? —interrogó el profesor.

—No recuerdo haber oído ese nombre nunca. La poliandria, que en el Tibet concede a una sola mujer varios maridos, ha hecho de muchas mujeres una especie de jefes de gran influencia. La sumisión del hombre a la mujer es en el Tibet, todavía un hecho auténtico. Nosotros, los chinos, jamás hemos podido comprender esta hegemonía del sexo débil, pero la respetamos. Pudiera existir esa Sakya, pero el Tibet es inmenso, y muchos nombres llegan a nosotros deformados a través de narraciones de viajeros que vuelven del interior, o de los reyezuelos parcialmente independientes que de tarde en tarde se asoman a nuestros despachos para traernos sus presentes y saludos.

— ¿Entonces...?

—Siento no poder ayudarles —sonrió el chino amablemente.

Se despidieron del "kalun" y fueron a reunirse con el resto de la tripulación del "Cóndor" en el único hotel decente de la ciudad.

En general, todos sentíanse defraudados por el éxito negativo de sus pesquisas. Entre todos, era el profesor quien más optimista se mostraba. Aquella noche, después de comer, salió acompañado de Baiserab y no regresó hasta muy tarde. Para entonces, Ángel ya estaba acostado y todavía permanecía en el lecho cuando el profesor volvió a salir, siempre acompañado de su inseparable guía.

Ángel supo que el profesor estaba dedicándose a visitar e interrogar a todos los personajes de cierta importancia de Lahsa y a los mercaderes que traficaban con las tribus nómadas del interior.

—Es inútil que busque —decía Arthur a su amigo—. Sabe Dios quién será esa Sakya Kuku Ñor, y ni siquiera si existirá.

Ángel no respondía a las lamentaciones de su compañero, pero íntimamente sentíase a su vez defraudado. Aún sin proponérselo había empezado a considerar interesante esta aventura, y precisamente cuando estaba forjando ilusiones acerca de un sensacional desenlace se encontraba con que la fiebre emocional del grupo descendía a cero grados. Pasó casi todo el día en el avión. Aquella noche, con gran asombro por parte de todos, supieron que el profesor todavía no estaba de regreso en el hotel. Bárbara estaba intranquila y fue al cuartelillo de policía a exponer sus cuidados.

—Tranquilícese —le dijeron en una mezcla espantosa de tibetano e

hindú. El señor ha sido visto en diversos lugares de la ciudad y le acompañan dos de nuestros agentes.

Comieron, charlaron un poco y esperaron. Finalmente, cansados de esperar, el grupo se dispersó en busca de sus lechos. Ángel no supo cuánto tiempo había dormido al sentirse zarandeado bruscamente por un hombro. Era el profesor.

— ¡Vamos, levántese, Andrés!

— ¡No me llamo Andrés, sino Ángel! --refunfuñó el español parpadeando bajo la luz.

—No importa. Levántese enseguida. Nos vamos.

— ¿Que nos vamos? ¿Adonde?

—Ya tengo una pista. ¡Es una pista estupenda!

Mientras Ángel saltaba del lecho entraron los demás miembros de la tripulación del "Cóndor", excepto el radiotelegrafista Richard Balmer, que aquella noche se quedó cuidando el avión.

Al parecer todos habían sido despertados con parecida brusquedad. Rodearon al profesor envueltos en sus batines con los ojos pegados de sueño.

—He averiguado muchas cosas a fuerza de ir preguntando a los comerciantes —dijo el profesor-. De todas estas cosas sólo hay dos realmente importantes. Una, que el cielo del Tibet parece ser excepcionalmente propicio para los platillos volantes. Es poca la gente que no los ha visto una y más veces. La otra noticia es ¡a mejor. Acabo de hablar con un traficante que regresó ayer con una caravana de las montañas Darglas. Su historia es algo sensacional.

Miró en rededor a las caras pendientes de sus labios. Y prosiguió:

—Kur Najak, el hombre que acaba de contarme esto, llegó en su deambular por el corazón de las montañas Darglas hasta una mi'scra aldea situada junto a un pequeño lago, cuya ubicación tuvo la amabilidad de dibujarme en un papel. Los pobladores de esta aldea se jactaban de haber dado muerte a dos extraños hombres que habían bajado del cielo con "sombrillas". Aseguraban que vieron a una especie de plato que surcaba el cielo, que de pronto se detuvo y empezó a caer, y que fue de ese disco de donde salieron los hombres. El platillo, porque se desprende de esa historia que se trataba de un platillo volante, cayó en un ventisquero inaccesible.

Calló el profesor y miró uno por uno a los que le escuchaban.

— ¿No me dicen nada? —preguntó tras un minuto de silencio.

— ¿No será todo eso otra historia fantástica? —preguntó Ángel.

— Fantástica o no vamos a emprender inmediatamente el vuelo hacia esa aldea. Kur Najak me dibujó un mapa y me facilitó amplios detalles de la región. El platillo volante está allí, estoy seguro.

Los aviadores se miraron los unos a los otros.

— Bueno —dijo Paiten—. Usted es el jefe, profesor. Iremos, si usted

quiere que vayamos.

Unos minutos después, el grupo atravesaba las silenciosas y mal empedradas calles de Lhasa. En sus pechos volvía a cobrar forma una ilusión.

CAPITULO VI
AL FIN... ¡HOMBRES GRISES!

Con las manos enguantadas sobre la rueda del timón, Miguel Ángel Aznar miraba a través de los cristales empañados de vapor de agua el inhóspito territorio extendido a sus pies. Estaba amaneciendo y llevaban ya hora y media vuelo. Los motores del "Douglas" roncaban rítmicamente. Desde la cabina, Ángel podía ver la ligera capa de hielo que cubría las alas. El interior de la cabina, herméticamente cerrada, era cálido y estaba lleno de humo de cigarrillos. De pie, tras el respaldo del sillón del piloto, Arthur Winfield miraba distraído el contorno de un lago que quedaba a su izquierda. De vez en cuando podían escuchar la voz del profesor haciéndoles preguntas como esta por el teléfono interior:

— ¿No creen que las "sombrillas" a que se referían los tibetanos de la aldea serían paracaídas?

—Si. Seguramente —respondía Ángel. Al cabo de un rato volvía a oírse la voz del profesor, ahora hablando con Walter Chase:

— ¿Nos acercamos a la región?

—Si, vamos acercándonos.

Los motores continuaron roncando rítmicamente. La niebla espesó. En ciertos momentos parecía surcar una semipenumbra opaca cuyo contacto dejaba en los cristales turbiedades de vapor. Ángel ordenó que todo el mundo se pusiera las máscaras de oxigeno. Ante el temor de estrellarse contra cualquiera de los enhiestos picachos se elevó a los ocho mil metros. Al volar sobre las nubes parecían hacerlo sobre un mar de crema batida. El sol inundó la cabina de amarilla claridad. Según se adentraban en la región aumentaba la tensión nerviosa. De vez en cuando, un desgarrón de la niebla permitíales ver como a través de un velo el relieve de la tierra.

— ¡Ahí está!

A través de un agujero de la niebla vieron un pequeño lago de aguas muy azules, cuya forma recordaba vagamente la de un corazón.

—Ese es nuestro lago.

La velocidad del viento, según observó Ángel era muy grande al disponerse a amarar en el lago. Este estaba situado en lo más hondo de una especie de agujero rodeado de altas montañas, lo que hacía el amaraje muy difícil.

Casi rozando con los flotadores la cima de un monte, Ángel se dejó caer sobre las azules aguas del lago. El hecho de que en este caso estaban privados de frenos aumentó las condiciones adversas.

Sin embargo, el español afrontó la magna responsabilidad lanzándose sobre aquel lago donde tan difícil como amarar sería después el despegar. Las barquillas entraron en contacto con el agua y el hidro se deslizó raudamente hacia la orilla. Haciendo colear al

aparato con rápidos movimientos del timón, Ángel consiguió restar impulso al aparato. Luego le hizo dar media vuelta y puso proa hacia la meseta cercana al poblado.

Cuando se extinguió el tronar de los motores, un silencio de muerte reinó en el espacio.

-Es extraño —murmuró el profesor—. No se ve ni un alma en la aldea...ni han salido de sus chozas para recibirnos como sería lo lógico. ¿No crees, Baíserab?

—Sí, Sahib —repuso el guía—. Es bastante raro que nadie haya salido a vernos...a menos que estén muy asustados.

—Eso será rezongó el profesor—.Vamos a tierra.

Naturalmente, todos quisieron formar parte del cuerpo expedicionario. Cada cual vistió su abrigo de pieles, calzó sus altas botas afelpadas y fue tomando la parte del equipo que el profesor y Bárbara les iban dando. Consistía éste en cuerdas y piquetas para abrir escalones en el hielo, linternas eléctricas, provisiones de boca y cantimploras de whisky. Todos llevaban gorros de lana con pasamontañas, gafas ahumadas contra las reverberaciones del sol en el hielo y gruesos guantes con manoplas. Además, el profesor entregó a cada uno un revólver de ordenanza de siete tiros y una pistola ametralladora "M—1" que por su ligereza y pequeño tamaño no estorbaba los libres movimientos de sus portadores. El radiotelegrafista y Ángel, que eran los hombres más fuertes y robustos del grupo, tomaron cada uno un fusil ametrallador "Bren".

—Nadie sabe lo que puede pasar —dijo el profesor tomando un maletín de cuero amarillo—. Desde luego, si por caso encontráramos un hombre gris nadie disparará contra él a menos que yo lo ordene ¿De acuerdo?

Hubo un asentimiento general de cabezas.

—Pues andando.

Arthur y Baiserab habían inflado una gran balsa de caucho y la botaron al agua. En dos viajes toda la expedición estuvo en tierra. Mientras el grueso del grupo echaba a andar hacia la aldea, Ángel y Richard amarraron el hidro a una gran roca. Luego emprendieron un trotecillo corto para alcanzar a los demás.

Los alcanzaron a la entrada del poblado. El profesor y sus compañeros habíanse detenido y miraban hacia las chozas con atención. Ángel miró también y vio algunos bultos tirados en el barro que cubría la única calle de la aldea. Eran cuerpos humanos y debían de estar muertos y descomponiéndose, a juzgar por el hedor que flotaba en el aire. Baiserab y Arthur se destacaron del grupo, se acercaron a los cuerpos yacentes, se inclinaron sobre ellos y volvieron a ponerse en pie. Luego empezaron a recorrer las chozas examinándolas una por una y agitaron los brazos.

—Vamos —rezongó el profesor echando a andar.

Entraron en la aldea. Sus ojos asombrados cayeron sobre los cadáveres de media docena de hombres y otros tantos de mujeres y niños que yacían revueltos en el barro con las más diversas y extrañas actitudes.

— ¿Pero qué significa esto? —exclamó el profesor recorriendo con la vista aquella diseminación de cadáveres.

—Hay más muertos dentro de las chozas —anunció Arthur con voz ronca—. Son todos mujeres, niños y algunos ancianos.

El profesor se inclinó sobre uno de los cadáveres. Estaba ya descomponiéndose y el aire hedía espantosamente. Mientras el hombrecillo examinaba al muerto todos los demás le estuvieron mirando en el más absoluto de los silencios. Finalmente, mister Stefansson se puso en pie.

—Hace, por lo menos, ocho días que murieron —anunció. El frío les ha conservado bastante bien...No me lo explico. Todos han sido muertos por armas de fuego corrientes

— ¿Pues qué esperaba usted? —preguntó Ángel—. ¿Tal vez que hubieron muerto de epidemia?

—Cualquier cosa menos esto. Los que pudieran tener interés en pasar a cuchillo esta aldea serían los hombres grises, ¿no?

Ángel se inclinó y recogió del fango dos casquillos de fusil vacíos.

— ¿Cree usted que sus hombres grises emplean también cartuchos fabricados en Rusia? —Preguntó mostrándolos en la palma de la mano.

El profesor tomó los casquillos y les dio vueltas entre sus manos. En el culote de los cartuchos estaba grabada la insignia de los soviets. Una hoz y un martillo.

—No lo comprendo..., no lo comprendo...—murmuraba el sabio.

—Es bastante sencillo de comprender, profesor. No existen tales hombres grises. Si tienen la apariencia de ese color será porque usan uniformes de color gris, pero debajo de esas telas hay hombres tan terrestres como usted y yo. El aparato que vieron caer estos ignorantes tibetanos era, con toda seguridad, un avión tal como usted y yo los conocemos.

— ¡Imposible! —negó el profesor—. Tuvo que ser un platillo volante. Por muy ignorantes que fueran estos desgraciados tibetanos es inconcebible que jamás hayan visto un aeroplano, y si hubiera sido así lo habrían reconocido. Lo que vieron fue un disco, un platillo volante!

—Bueno—condescendió Ángel—. Supongamos que sea un platillo volante. ¿No corren infinidad de versiones sobre la nacionalidad rusa de esos artefactos? ¿por qué no habían de ser unos aparatos terrestres? ¿Y por qué no habían de ser rusos?

El profesor fijó sus ojillos en los cadáveres tibetanos. Se les veía vacilar. En este momento algo pasó zumbando sobre sus cabezas y se oyó un disparo, cuyo eco rebotó de montaña en montaña pereciendo al cabo en la lejanía.

El grupo se dispersó rápidamente buscando protección contra las balas en las chozas. Sonaron dos disparos más.Uno de los proyectiles se clavó en el barro y salpicó en todas direcciones.

Ángel asomó la cabeza y vio que los agresores estaban situados sobre la pequeña escarpa que daba abrigo a la aldea. El profesor y Bárbara Watt habíanse escondido con el español y vieron también las nubecillas de humo que señalaban el lugar de los disparos.

—Son tres o cuatro —dijo Ángel—. Voy a salir por la otra parte y a cogerlos por la espalda.

—Que le acompañen los muchachos.

—No. Iré yo solo. Si ven moverse tanta gente huirán y creo que tal y como están las cosas nos conviene hacerlos prisioneros. Ellos pudieran saber algo de lo ocurrido aquí.

Saltó por la ventana de la choza a la parte de atrás y se deslizó pegado a las paredes de barro. -Cuando se terminaron las chozas saltó tras las rocas y ascendió la cuesta andando a gatas y arrastrando su pesado fusil "Bren". Mientras daba el rodeo los emboscados hicieron tres o cuatro disparos más. El español salió a espaldas de los tiradores, sacó la cabeza fuera de una roca y vio a tres astrosos tibetanos de largas túnicas y espada cruzada al cinto, que estaban arrodillados tras una peña y recargando unos fusiles de largo cañón y antigüedad incalculable.

— ¡Alto, manos arriba! —les gritó Ángel apuntándoles con el fusil "Bren", colgante de una correa de su cuello.

Los tibetanos se volvieron, le hicieron una mueca y echaron acorrer.

— ¡Alto! —Les gritó el español. Y disparó una ráfaga por encima de los tibetanos.

Al escuchar el zumbido de las balas sobre sus cabezas, los tres nómadas se detuvieron y regresaron con las manos en alto y hablando a la vez. Ángel, naturalmente, no entendió una palabra de lo que decían, pero les hizo un movimiento significativo con la boca de la ametralladora y los tres individuos echaron a andar hacia la aldea seguidos y encañonados por el español.

— ¡Muy bien Andrés! —le gritó el profesor saliendo a mitad de la sucia calle.

— ¡Al diablo! —refunfuñó el español—. ¿Cómo he de hacerle comprender que mi nombre es Ángel y no Andrés?

—Interroga a estos tipos, Baiserab —dijo el profesor al indio.

Baiserab se acercó a los asustados tibetanos, le tocó uno por uno en

el hombro, les sacó la lengua rascándose una oreja y empezó a hablarles. Estuvieron hablando unos quince minutos. Baiserab se volvió hacia el profesor, que esperaba impaciente y le dijo:

—Estos tres hombres son los únicos supervivientes de la aldea. Dice que habían salido para una expedición de caza, y que al volver hace dos días encontraron todo esto tal y como lo vemos ahora. Suponen que fueron los hombres grises y estaban decididos a esperar que volvieran para vengar la muerte de sus familias y amigos.

— ¿Y nos confundieron a nosotros con los hombres grises?

—Desde luego, no. Pensaron que éramos enemigos, de todos modos, y nos hicieron fuego.

— ¡Hum! —gruñó el profesor—. ¿Y qué hay de aquellos dos hombres grises a los que se jactaban de haber dado muerte?

Baiserab volvió a hablar con los tibetanos.

—Dicen que los tiraron por un barranco cerca de aquí.

— ¡Como! —exclamó el hombrecillo pegando un brinco—. ¿Insisten en asegurar que los capturaron? ¿Será posible?

—Eso es lo que dicen, señor.

— ¡Pronto, pronto...vamos a verlos! —apremió el profesor—. Que nos lleven al lugar donde arrojaron a esos nombres.

Baiserab habló con los tibetanos, éstos asintieron con la cabeza y echaron a andar seguidos de los excitados expedicionarios.

Treparon por un sendero de cabras montaña arriba. Al ganar altura sobre el lago un viento frío de fuerza colosal les obligó a atarse los unos a los otros con una larga cuerda. Al llegar arriba, el viento lanzó a la rubia secretaria entre los brazos de Ángel, que iba detrás. La muchacha clavó en los del español sus hermosos ojos brillantes de excitación y rugió:

— ¡Suélteme!

Prosiguió la marcha. Los tres tibetanos llevaron a los exploradores por una senda que, por uno de sus costados, se asomaba a un profundo precipicio. La fuerza del viento les impedía hablar y casi respirar. Los tibetanos se detuvieron y señalaron al barranco.

—Aquí fue —dijo Baiserab.

—Voy a descolgarme hasta abajo —dijo el profesor—. Puede acompañarme usted, Walter, que es el de menos peso.

Ataron sendas cuerdas a las cinturas de los intrépidos investigadores. El profesor y el navegador se acercaron al borde del precipicio, miraron abajo con precaución y empezaron a descender. Ángel se tendió de bruces en el sendero y asomando la cabeza fue dando instrucciones a los que sostenían las cuerdas.

—Ya están abajo —dijo al cabo de un rato. Vio a los dos hombres

saltar por entre las peñas del fondo y cómo se inclinaban sobre algo que no se alcanzaba a ver. Tras unos minutos de observación, Walter se puso en pie, fue a una de las cuerdas y ató al extremo una nota que escribió apresuradamente en un papel. Hizo seña de que jalaran. Guando el papel llegó arriba todos se inclinaron ansiosamente sobre el hombro de Ángel, que era quien lo desató. La nota decía; "O. K. Bajen la cámara fotográfica. Los hemos encontrado. Era verdad. Estos hombres son grises y horribles. Están hechos polvo, pero el profesor quiere hacerles la autopsia. Manden también el maletín de mister Stefansson."

CAPITULO VII
¡PLATILLOS VOLANTES!

La espera fue larga e incómoda. El viento abría el sendero y les obligaba a apoyar la espalda contra las rocas. Bebieron unos tragos de whisky y mandaron la botella abajo.

—Apuesto cualquier cosa a que esos bichos tienen cuernos - dijo Bárbara. Y volviéndose .hacia el español le preguntó; ¿Usted no nos da su opinión, señor Aznar?

—Sea la que sea su forma exterior, su naturaleza ha de diferir notablemente de la nuestra.

— ¿Por qué?

—Porque si es verdad que tripulan esos platillos volantes no pueden ser como nosotros. Ningún terrestre podría soportar esas velocidades tan espantosas ni esas quiebras y piruetas de los platillos.

—Así, ¿empieza a considerar posible la existencia de los hombres extraterrestres y seres de Venus?

— ¿Qué remedio me queda? —gruñó el español—. Ustedes me han contagiado su chifladura.

— ¡Atención, están haciendo señales con la cuerda! —llamó Baiserab, que permanecía echado junto al borde del abismo.

En efecto, alguien daba tirones de la cuerda desde abajo.

— ¡Quieren subir! ¡Adelante! —dijo Miguel Ángel.

Empezaron a tirar de las cuerdas. El ejercicio les hizo entrar en calor. Apenas asomó por el borde rocoso el gorro peludo del profesor Stefansson, ya estaba Bárbara Watt naciendo preguntas:

— ¿Cómo son? ¿Cómo son?

El profesor no respondió de momento, pero en sus ojos lucía una nueva luz. Era la satisfacción por el triunfo conseguido, el saber que tenía en su poder las pruebas de un acontecimiento inaudito; algo que revolucionaría al mundo y haría famoso por siempre su nombre.

Walter Chase, más ágil que el profesor, fue el primero en alcanzar el sendero.

— ¿Los visteis? ¿Cómo son? — preguntaban todos a la vez.

— ¡Feos... brrrr!

— ¿Muy feos?

— ¡Horribles! Y olían horriblemente. Deben llevar varios días allí y están descomponiéndose.

— ¿Son enanos?

— ¡Qué va! Al contrario, son muy altos. Uno de ellos medía dos metros veinte centímetros. Tienen brazos y piernas como nosotros y también manos, solo que con cuatro dedos. Lo más horrible son sus cabezas. No tienen pelos y es como un huevo con el cráneo prolongado hacia atrás. Los ojos son redondos, de diámetro aproximado de una taza de té y ligeramente saltones, como los ojos de

un besugo. Pero la pupila es hendida como las de los gatos. La nariz es una trompa como de elefante, solo que pequeña. Debajo de la trompa tienen la boca, sin labios, carnosa y… ¡repugnante!

El profesor estaba ya de pie en el sendero, y con él cierto tufo a carne podrida.

— ¡Hoy es un día de gloria para la ciencia! —exclamó enfáticamente entregando la cámara fotográfica a Bárbara—. Y tal vez luto para nuestra civilización.

Todos los ojos estaban ahora fijos en la menuda figura del profesor. Este continuó:

—Ya nadie, después de lo que hoy hemos visto, podrá poner en duda la presencia de seres extraterrestres en nuestro mundo. El ser que acabo de estudiar ahí abajo es de una naturaleza sin precedentes en la Tierra. Es un animal vertebrado, no cabe duda, y puesto que tiene raciocinio debe incluírsele en la categoría del hombre.

— ¿Considera a esos hombres con más inteligencia que nosotros? —preguntó Bárbara.

— ¡Qué duda cabe! La naturaleza les ha dotado de una constitución excepcionalmente apta para vivir muchos más años que nosotros y para proporcionar a su cerebro una potencia intelectual extraordinaria. Su organismo es de una simplicidad maravillosa. No tienen pulmones, no tienen corazón, su sangre es fría e incolora, su aparato digestivo rudimentario, pero suficiente… ¡Maravilloso… realmente maravilloso!

Todos le miraban mudos de estupor. En algunos ojos, como en los de Ángel y Arthur, brillaba una lucecilla de desconfianza en la razón de mister Stefansson.

— ¿Quiere decir que esos hombres grises no respiran? —preguntó el español con cierta ferocidad retratada en su semblante.

— ¡Naturalmente que respiran! Todos los seres vivos respiran.

— ¿Y cómo, si no tienen pulmones ni branquias?

—Tampoco las plantas disponen de pulmones ni branquias y respiran sin embargo. Ni tienen las plantas corazón, pese a disponer de un aparato circulatorio completo.

— ¿Son hombres-plantas, entonces, los que usted acaba de examinar allá abajo?

— ¡Oh, no! Son animales, claro está. Pero la esencia de su vida reside en la célula. Es una lástima que el estado de descomposición de esos seres y mi falta de elementos de investigación me hayan impedido completar el examen. Imagino cómo deben de ser. Células respiratorias que toman el aire a través de los poros de la piel y células con locomoción autónoma que recogen los alimentos asimilados por el estómago para repartirlos por todo el cuerpo. Ellas nutrirán los tejidos, arrastrarán las impurezas hasta la epidermis y una

vez aquí tomarán el aire y proseguirán su viaje por todo el cuerpo regeneradas y nutridas de oxigeno ¿Puede concebirse circulación más sencilla y más perfecta?

— ¿Los cree usted más perfectos que el hombre terrestre? — preguntó Bárbara.

—Si. Todo en los hombres grises está simplificado. Incluso su esqueleto. Este consiste en una especie de espina con una cruz superior de donde arrancan los brazos y otra inferior en donde se apoyan los huesos de las piernas. Los huesos son recios, tubulares y rayados exteriormente. Carecen pues de costillas, de omóplatos y de esternón, aunque presentan unas clavículas con cierta semejanza a las nuestras flotantes. He establecido su estatura media en dos metros treinta centímetros, aunque es prematuro asegurar que sea ésta la medida de todos los hombres grises. Bien, eso lo sabremos en cuanto les veamos.

—Cree usted que vamos a verlos, profesor? -preguntó Ángel.

— ¡Es preciso!

— ¿Y cómo?

La pregunta dejó al sabio pensativo. Miró a su alrededor, como si despertara de un sueño, y dijo:

—Ciertamente no será cosa fácil hallarlos. Sin embargo, tenemos que dar con ellos.

--Baiserab, pregunta a estos tibetanos qué saben acerca del platillo volante que cayó a unos kilómetros de aquí.

Baiserab se puso a charlar con los nómadas mientras el profesor se lavaba las manos con whisky y los demás recogían las cuerdas y el equipo.

—Sahib —dijo el indio—. Estos hombres dicen que no pudieron bajar al ventisquero donde cayó el disco. Parece que en cuanto chocó en tierra ese disco produjo una gran explosión seguida de mucha y deslumbrante luz.

El profesor miró fijamente a los tibetanos.

—Es inútil que vayamos allá —dijo al cabo de su muda contemplación—. Con toda seguridad los motores de aquel platillo volante eran atómicos. AI chocar contra el suelo debió producirse una total desintegración del aparato, por lo que el ventisquero debe de estar impregnado de radioactividad. Ir allá sería peligroso.

— ¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó Ángel.

—Naturalmente, regresar.

— ¿Regresar? —exclamó Arthur palideciendo.

—Sí, a los Estados Unidos. Con el testimonio de las fotografías que hemos tomado y el de ustedes espero lograr que los gobiernos de todo el mundo se interesen formalmente por los platillos volantes y organicen una magna batida hasta dar con la base, que sin duda

poseen en Tierra, con casi total certidumbre, en este país.

—Pero... ¿y Carol Mitchel? -preguntó Arthur con la faz demudada —. ¿No vamos a buscarla?

—Mister Winfield —repuso el profesor con gravedad. ¿Cree usted que después del sensacional descubrimiento que acabamos de hacer podemos perder el tiempo buscando a una mujer? Algo más importante está pendiente de lo que nosotros hagamos ahora. Tal vez los hombres grises se proponen invadir o hacerla guerra a nuestro planeta. Urge que corramos a presentar nuestra declaración en la O.N.U., para que se investigue acerca de los verdaderos propósitos de esos hombres tan peligrosamente superdotados.

—Comprendo —murmuró el americano con amargura—. La ciencia es antes que la salvación de una pobre mujer.

—Lo siento, mister Winfield —dijo el profesor—. Nuestra misión era investigar la naturaleza de los hombres que tripulan los platillos volantes. Una vez conseguido tenemos el deber moral de regresar al mundo civilizado para imponer a la O.N.U. de nuestras informaciones y organizar nuestras defensas. ¡Quien sabe lo que puede ocurrir de un momento a otro!

Arthur Winfield abatió los hombros desesperado.

—Regresamos al avión —dijo el profesor—. Hemos de confeccionar un cajón de zinc para meter dentro los restos de los hombres grises y llevárnoslos.

—Desconfía de que se crea en nuestro testimonio, ¿eh? —sonrió Ángel.

—Si. Pensándolo bien, creo que no habrá mejor prueba que los restos de esos hombres. Va a ser tan extraordinario nuestro relato que por fuerza han de creernos embusteros... o locos.

Emprendieron el regreso hacia la aldea. Andaban de prisa, encorvados y mirando al suelo para vencer el terrible empuje del viento. A mitad camino se oyó una explosión. Todos se detuvieran alzando las cabezas. Un estremecimiento de inquietud recorrió la fila de hombres.

— ¡Nuestro avión! —gritó Ángel.

Echaron a correr hasta alcanzar la cima de la montaña. Allí se detuvieron para mirar con ojos espantados hacia la depresión del terreno que formaba el lago. Vieron al avión envuelto en llamas y hundiéndose rápidamente.

Nada podía salvar ya al "Douglas", y, sin embargo, se soltaron de la cuerda que les unía y se lanzaron a la carrera pendiente abajo. Ángel y George iban delante. El corpulento Richard les seguía pisándoles los talones y haciendo rodar las piedras sueltas del áspero sendero.

— ¡Alto... alto! —oyó Ángel que gritaban a sus espaldas.

Se detuvo a la entrada de la aldea y volvió los ojos. Vio al profesor

y a Bárbara con la cabeza echada hacia atrás y mirando al cielo. El español les imitó y lo que vio le heló la sangre en las venas. Como suspendidos por una cuerda invisible tres extraños discos brillantes se cernían sobre ellos.

— ¡Platillos volantes! —exclamó Richard en el colmo del asombro.

Por unos breves minutos todos quedaron inmovilizados por el estupor. Aquellos discos, que en apariencia flotaban en el espacio con la ligereza de plumas, descendieron y se j posaron sobre la montaña que acababan de descender.

— ¡Allá hay más platillos! —gritó George señalando hacia el lago.

Ángel miró en la dirección que señalaba George y vio a otro de los brillantes discos posarse entre el lago y la aldea. Un quinto se detuvo a diez metros de altura sobre una colina pelada, a la derecha del poblado y quedó allí en actitud vigilante.

Había algo profundamente impresionante y amenazador en la rapidez y silencio con que se ejecutaron aquellas maniobras. Era significativo por demás aquel movimiento de cortarles la retirada. El único camino expedito era el lago, y allí estaba el "Douglas" ardiendo por los cuatro costados y yéndose a pique con rapidez.

Los platillos volantes correspondían, por su aspecto exterior, al nombre con que le bautizara el vulgo. Tenían por lo menos veinte metros de diámetro y uno de espesor. Los cantos eran redondeados y aerodinámicos. En el centro formaban como una esfera algo aplastada, con una mitad asomando por arriba y otra por la parte de abajo.

Para posarse sobre el desigual terreno, surgieron de la cara inferior del aparato unas a forma de patas extensibles.

El primer movimiento de los expedicionarios fue puramente instintivo y tendió a reunirles en un grupo. Ángel pestañeó como si arrancara de una pesadilla, tomó el fusil "Bren" que llevaba terciado a la espalda y quitó el seguro del disparador con un movimiento rápido. El "clic" metálico sonó como un cañonazo en mitad del denso silencio y pareció despertar a todos.

— ¡No dispare! —gritó el profesor.

Richard imitó el movimiento del español. Se tendió en tierra, al amparo de una roca y enfiló su ametralladora contra el platillo volante más próximo.

Dos de los fantásticos aparatos habíanse detenido casi en la cumbre de la montaña. El otro estaba entre aquellos y el grupo del profesor. Una sección de la esfera transparente se abrió hacia arriba y por el agujero asomó una bandera blanca que alguien agitaba sin asomar mas que una mano.

— ¡Hola! —murmuró George—. Nuestros hombres grises quieren parlamentar.

Los ojillos brillantes del profesor contemplaban la escena sin perder

un detalle.

— Esperen aquí —dijo volviéndose hacia el grupo—. Voy a ver qué quieren esos.

— ¡Cuidado, profesor! —le gritó George—. ¡Tal vez no le dejen volver!

—Nuestra situación es grave. Sin avión tendríamos que andar quinientos kilómetros hasta Lhasa. Si lo que quieren los hombres grises es eliminarnos les sobrarán ocasiones de hacerlo durante un camino tan largo... Quien sabe si no pueden reducirnos .a cenizas ahora mismo con sus armas.

—Vaya usted, profesor —dijo Ángel—, Y veamos quién es ese que ondea la bandera de una forma tan terrenal.

El profesor dejó en manos de Bárbara su pistola ametralladora y echó a andar rocas arriba hacia el platillo volante. Al mismo tiempo se abrió una sección rectangular de la parte inferior de la esfera del aparato. En su parte inferior, esta sección formaba una escalerilla. Por ella descendió un hombre vestido de cuero con la bandera blanca en la mano.

— ¡Anda! —exclamó Richard—. ¡Ese tipo es como nosotros!

El profesor se encontró a mitad camino con el hombre del traje de cuero. Los inquietos expedicionarios vieron cómo hablaban el profesor y el hombre de la bandera blanca sin llegar a oír lo que decían. Luego, el hombre de la bandera se sentó en una roca y el profesor descendió la pendiente. Mientras tanto, los restantes platillos volantes habían permanecido tan quietos como las propias peñas.

— ¿Quién es ese, profesor? —le preguntaron.

— ¿Qué quieren? —interrogó Bárbara con las mejillas encendidas por la excitación.

El profesor puso sus ojillos sobre los ansiosos rostros de sus compañeros.

—Estamos en muy mal apuro —dijo entre dientes—. Quieren que nos rindamos incondicionalmente. De lo contrario nos matarán a todos en un abrir y cerrar de ojos.

— ¿Por qué en un abrir y cerrar de ojos? — rezongó Richard -. Tenemos armas con que defendernos.

—En un abrir y cerrar de ojos ha dicho ese hombre —insistió el profesor—. Y creo que decía la verdad. Naturalmente, nosotros somos los únicos hombres de la tierra que hemos penetrado el secreto de los tripulantes esos platillos voladores, y nos corresponde la pena de muerte por haberlo hecho.

—Entonces... ¿ nos matarán de todos modos?

—Dicen que si nos entregamos, nos conservarán la vida.

— ¿Y qué harán de nosotros para impedir que les descubramos?

—Se niegan a ser tan explícitos. Me han dejado entrever que nos

espera una reclusión hasta el día en que el secreto de los hombres grises sea divulgado.

— ¿Pero son grises los hombres de estos aparatos? —inquirió Ángel—. ¿No es un terrestre quien le ha hablado?

—Ciertamente.

— ¡Son rusos!

—No. Son hombres de otro planeta. Ese de la bandera es Alfredo Kruif.

— ¡El piloto que llevaba a los Mitchel cuando desaparecieron! —exclamó Arthur, dando un brinco de sorpresa.

—El mismo. Le he reconocido al punto.

— ¿Cree que harán con nosotros lo que hicieron con Carol Mitchel? —interrogó Bárbara—. Si fuera así, sería preferible que muramos con las armas en la mano.

—Y entonces, el secreto de los hombres grises volverá a ser sepultado —refunfuñó el profesor-. No. Yo creo que debemos entregarnos. Según lo que hagan luego de nosotros, actuaremos. El último recurso es el de suicidarse. ¿Por qué vamos a suicidarnos si todavía nos queda alguna posibilidad de vivir? Estos hombres grises tienen armas de un poder desconocido por nosotros. Nos barrerán en un segundo de la faz de la tierra. ¿No es preferible marcharnos con ellos y ver lo que ocurre?

—Si —asintió Arthur—. Rindámonos.

CAPITULO VIII
EL MISTERIOSO VALLE DE GPUR

Miguel Ángel apretó con fuerza la garganta de su fusil ametrallador "Bren". Le repugnaba una entrega incondicional, sin lucha, y, por otro lado, un sentimiento de curiosidad le impelía tirar las armas y acercarse a estos extraordinarios hombres grises.

—Rindámonos —repitió Arthur—. Seguramente nos llevarán adonde se encuentra Carol Mitchel, y una vez allí, tal vez podamos organizar la evasión.

— ¿Y si nos dan muerte en cuanto hayamos soltado las armas? —argüyó Richard.

—De todas formas pueden fusilarnos a mansalva desde sus aparatos. ¿Qué satisfacción puede reportarnos llevarnos a uno o dos hombres grises por delante, si acto seguido somos muertos? —dijo el profesor—. Yo soy del parecer que nos entreguemos. Al menos tendremos la satisfacción de ver de cerca- a estos seres.

Tras una corta discusión llegaron al acuerdo de rendir las armas. Las dejaron amontonadas en el suelo y avanzaron hacia Kruif. Este se puso en pie y les sonrió.

—Muy bien. Es lo mejor que podían hacer.

Hizo una señal con la mano hacia el platillo volante. Al punto descendieron dos gigantescos hombres cuyas caras infundían pavor. Sus ojos redondos y grandes se clavaron en los expedicionarios. Respondían a la descripción que Arthur Winfield hiciera de ellos poco antes, pero vivos y en movimiento eran mucho más espantosos de cuanto pudieran haber imaginado.

No ofrecían, en cuanto a su cuerpo, gran diferencia con los de cualquier hombre terrestre, excepto su mayor altura y desarrollo y la longitud un tanto exagerada de sus brazos. Vestían una especie de holgados "monos", construidos, al parecer, de múltiples y brillantes escamas metálicas de color plateado, y se cubrían la parte superior de la cabeza con una chichonera de material esponjoso que no difería gran cosa de las utilizadas por los tanquistas terrestres.

Lo extraterrestre de los hombres grises residía, principalmente, en sus caras. Tenían una frente muy amplia y abombada. Los ojos, muy separados, saltones y redondos, como los de un pescado, pero con pupila hendida verticalmente, como la de los gatos. Los iris de estos enormes y terroríficos ojos eran de color púrpura en uno de los hombres y verdes en los del otro.

Las cejas eran apenas dos hileras de pelos trazadas sobre los ojos con una oblicuidad de 45 grados, jamás igualada por la de ningún oriental del planeta Tierra.

Donde Ángel y cualquiera de sus compañeros tenía la nariz, los fantásticos hombres grises tenían una trompa, extensible a voluntad,

que se balanceaba al andar sobre una boca situada inmediatamente debajo. Esta boca era, quizás, lo más horrible en tales seres. Era carnosa y con toda seguridad podía tomar cualquier forma, así como pegarse en forma de ventosa a una superficie irregular.

Acrecentaba la fealdad repulsiva de esta boca la carencia total de barbilla. Los hombres grises tenían un maxilar inferior tan pequeño, que la barbilla no existía, aparentemente.

Otros órganos muy diferentes a los terrestres eran sus orejas. Estas arrancaban, aproximadamente, del mismo lugar que las de Miguel Ángel Aznar, pero su forma era puntiaguda y vistas de frente parecían a modo de dos palmitos estrechados progresivamente para acabar en punta. Además, eran movibles como las de los terráqueos, lo que sin duda, ofrecía una considerable ventaja sobre los oídos de los hombres blancos.

La porción de piel que podía verse de estos hombres era de un color ceniciento. Al avanzar hacia donde habían quedado las armas, los "monos" plateados que vestían refulgieron al sol hiriendo las pupilas de los atónitos terrestres

Los tres tibetanos temblaban de terror como azogado

El profesor Stefansson, en cambio, mostrábase más curioso que preocupado. No perdió ni un sólo momento de vista a los hombres grises mientras estos andaban con cierta pesadez hasta el lugar donde estaban las armas, las recogían y regresaban con ellas.

—Cuatro de ustedes —ordenó Kruif autoritariamente— que vengan conmigo. Los demás vayan andando hacia aquel aparato.

Bárbara, el profesor, Ángel y Arthur siguieron a Kruif. Este se detuvo frente a la escalerilla y les invitó a subir con un ademán burlesco. En el momento de ascender al platillo volante, Ángel sentía un cosquilleo de curiosidad recorrerle el cuerpo. Parecíale mentira que estuviera viviendo estos asombrosos momentos de su vida y preguntábase si no sería todo una pesadilla.

La escalera les llevó a la cabina inferior del aparato. Esta era bastante espaciosa. Tendría unos ocho metros de diámetro y ofrecía la particularidad de tener agrupados en el centro gran número de complicados aparatos. Alrededor de las máquinas quedaba un pasillo de cinco metros de ancho. A todo lo largo de las paredes translúcidas se corría un asiento no muy mullido.

Sobre las cabezas de los terrestres podía verse un agujero del que descendía una escalerilla metálica y que, al parecer, conducía al piso de arriba. En esta cabina había tres hombres más. Uno de ellos llevaba sobre el "mono" metálico un cinturón del que colgaba una pistola encerada en funda. Ni la forma de la funda ni el relieve de la pistola correspondía a las características de sus semejantes terrestres.

Este hombre tenía los ojos azules, y en cuanto hubieron entrado los terrestres, movió su repulsiva boca ordenando algo a los otros dos en un idioma extraño y de sonido nasal, causado seguramente por su trompa.

Los dos hombres subieron por la escalerilla hasta la cabina superior. Mientras sonaron fuera media docena de tiros de pistola. Kruif entró en la cabina soplando el humeante cañón de su revólver.

—Esos ya están liquidados, Aolar —dijo al hombre gris de los ojos azules.

— ¿Qué significa "liquidados"? —preguntó Aolar en un inglés imperfecto y nasal.

—Que están muertos.

—Bien. Mira quién son estos hombres —dijo el llamado Aolar señalando al grupo del profesor. Y añadiendo unas órdenes en su extraño idioma desapareció escaleras arriba.

— ¿Sobre quién ha disparado usted, Kruif? —preguntó el profesor.

—Sobre los tres tibetanos... ¡Oiga! —exclamó Kruif pegando un brinco—. ¿Quién le ha dicho que me llamo Kruif?

—Nadie. Le he reconocido enseguida. Usted es el piloto del avión en que viajaban John Mitchel y miss Carol Mitchel cuando estos desaparecieron. La policía se alegraría mucho de echarle el guante.

—Si. Yo pilotaba el CESSNA... ¿Y qué?

¿Donde está ahora Carol Mitchel? —interrogó Arthur.

— ¡Ah, ya comprendo! —exclamó Kruif echándose a reir—. Alguno de ustedes fue el que escuchó la historia de Sakya y han venido a buscar los hombres grises al Tibet. ¿No es eso? Bueno, pues están de enhorabuena. Dentro de un rato tal vez vean a Carol Mitchel. Ella sigue tan guapa o más que antes...

— ¡Es usted un canalla, Kruif! ¿Por qué ha asesinado a esos pobres tibetanos?

—Porque nos estorban, sencillamente. Además, Aolar lo ordenó así y yo no tenía más remedio que obedecerle.

— ¿Cómo se explica que estos hombres hablen el inglés? —preguntó el profesor.

— ¡Bah! Han tenido tiempo de sobra para aprenderlo. Permítame que eche un vistazo a sus documentos de identidad.

Kruif desabrochó el abrigo del profesor y metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta del viejo. La sacó aprisionando una abultada cartera.

Mientras examinaba los documentos, las paredes transparentes de la cabina se tornaban gradualmente opacas. El paisaje de agrestes montañas barridas por el viento y el del lago en forma de corazón donde flotaban algunos restos del "Douglas" se borró a la vista de los terrestres. La sección de piso que se abriera para

recibirles volvió a su puesto.

Súbitamente experimentaron una brusca sacudida ascensional. El prodigioso platillo volante acababa de despegar subiendo recto al espacio. Se detuvo de pronto, y todos percibieron la arrancada de costado que les hizo tambalear.

—Ahora volamos ya horizontalmente —comentó Ángel.

— ¡Caramba! —exclamó Kruif alzando los ojos de los papeles del profesor—. ¿Así que usted es el jefe de esta "Astral Information Office" encargada de investigar el asunto de los platillos volantes? ¡Vaya suerte tiene usted! Ya está a bordo de un platillo y pronto verá a Carol Mitchel. ¿Se le ofrece alguna cosa más?

—Si —dijo Arthur Winfield—. ¿Quién le sobornó para que raptara a Carol Mitchel?

—El profesor Mattox, naturalmente. Claro, que de haber sabido que llevando a los Mitchel al Tibet iba a encontrarme con la sorpresa de los platillos volantes y los hombres grises, lo hubiera pensado más despacio. Ahora, prácticamente, soy tan prisionero de estos condenados hombres como ustedes.

— ¿De dónde proceden estos hombres? -interrogó el profesor.

—De Venus. De esa estrella tan hermosa que se ve brillando al atardecer y al alba cerca del horizonte. Eso, al menos, es lo que aseguran.

—Escuche, Kruif —dijo el profesor acercándose cuanto podía al renegado—. Ayúdenos a escapar y no se arrepentirá.

— ¿Engañar a estos tíos? ¡Ni que lo piense!

—Podíamos apoderarnos de este platillo volante...

—Los otros vienen detrás. No se rompa la sesera buscando la forma de escapar, viejo. Estos individuos son listos a rabiar y tienen la sangre más fría que un carámbano. Quien les hace una jugada se la paga en el acto, ¡hay que desengañarse!

- ¿Cree que nos matarán? -preguntó Bárbara.

—No lo creo, pero tampoco me extrañaría que les molieran para ver cómo tienen las tripas. Liquidaron a toda la gente, de esa aldea que acaban de ver ustedes. A los hombres, a las mujeres, a los ancianos y a los niños. Y no lo hicieron solamente para vengar a sus dos compañeros

Bajaron por la escalerilla y miraron a su alrededor. Dos de los platillos volantes estaban todavía en el aire, inmóviles y como clavados al espacio azul. Los otros dos estaban ya en tierra y de uno de ellos descendían George, Richard, Walter y el indio Baiserab.

Habían venido a aterrizar sobre una gran explanada, un yermo situado a las espaldas de un monasterio fortaleza.

—Nosotros creímos que lo hicieron hombres terrestres

-Utilizaron para la matanza armas de fabricación rusa que en una

de sus expediciones arrebataron a los cadáveres chinos. Lo hicieron así para que nadie oliera nada extraterrestre en ese asesinato en masa..- Bueno, ya hemos llegado.

Efectivamente, podía percibirse la bajada del aparato Producía la misma sensación que si ocuparan un ascenso rápido. La velocidad de descenso se aminoró, la máquina pareció balancearse en él espacio y un ligero roce bajo su pies les indicó que acababan de posarse en tierra.

El hombre gris de ojos azules descendió por la escalerilla. La sección del suelo que servía de escalerilla se abrió.

— ¿Dónde estamos? —preguntó el profesor.

—En el valle de Gpur. Esta es la base secreta de los venusinos en nuestro planeta Tierra.

—Tú callar —dijo el venusino con su acento nasal—. Tú hablas demasiado, Kruif.

— ¿Y eso qué importa? Aunque lo proclame a gritos nadie hay cerca para escucharnos, ni tendremos ocasión para ir a contarlo en los periódicos de Nueva York.

. . Pero tú charlatán y

—Eso cierto—dijo el venusino- me canso ya de tí. Bajar todos.

Descendieron por la escalerilla

Podían ver las cúpulas verdosas y, al fondo, el perfil aserrado de las azules montañas que circundaban el valle. En lo que la maciza mole del monasterio les permitía ver, se apreciaban las orillas cenagosas de un extenso lago, cuyas aguas rizaba una fresca brisa.

A cierta distancia había un grupo de hombres erizados de lanzas. Eran guerreros mongoles, de tez morena, nariz aplastada y ojos oblicuos. Llevaban consigo unos caballejos manchúes, de corta talla y abundante pelo. Hombres y bestias permanecían en una quietud tensa y expectativa.

A una seña de Aolar, el hombre de Venus, una docena de estos feroces guerreros se destacaron del grupo y vinieron a hacerse cargo de los prisioneros. Los hombres grises demostraron tener en ellos una total y desdeñosa confianza. Ni uno solo acompañó a los europeos.

—Hasta más tarde —les gritó Kruif. Y se quedó hablando con el llamado Aolar.

Los mongoles empujaron a nuestros amigos hacia el enorme portalón que se abría en el reducto exterior de la fortaleza. La muralla tenía tal espesor que la puerta era prácticamente un túnel. Por éste salieron a un gran patio enlosado. Entre los intersticios de las losas crecían altas hierbas.

—Debimos luchar —rezongó Richard—. Ahora nos meterán en una mazmorra y nos tendrán pudriéndonos allí Dios sabe hasta cuándo.

—Estos guerreros parecen arrancados de la Edad Media —murmuró

el profesor—. La civilización debió detenerse ante las montañas que cierran este valle. Sus rasgos raciales son puros. Ninguno lleva armas de fuego.

Cruzando el patio en toda su extensión, los prisioneros fueron llevados hasta otra gran puerta adornada con clavos de bronce. En ésta se abría un portillo estrecho, por el que pasaron a otro túnel. A cada parte del lóbrego corredor abríanse dos salas. Una de ellas debía de ser el cuerpo de guardia. Los prisioneros fueron empujados rudimentariamente hacia el otro.

De esta habitación arrancaba una escalera que se hundía en el suelo. Los mongoles encendieron media docena de hachas y llevaron al grupo escaleras abajo. La escalera terminó en un pasadizo excavado en los cimientos del monasterio. El pasadizo desembocó en un corredor de piedra. A ambos lados se abrían estrechas puertas con un ventano enrejado en el centro. Eran puertas sólidas y los pesados cerrojos que ostentaban no dejaban lugar a dudas en cuando a su utilidad. Eran mazmorras.

El grupo se detuvo ante una de las puertas. Uno de los mongoles descorrió el cerrojo y se apartó a un lado. Los prisioneros fueron empujados dentro de un calabozo húmedo y ancho. A la altura del techo se veían cuatro ventanos angostos por lo que entraban otros tantos rayos de luz. Apenas estuvieron dentro, la puerta se cerró a espaldas de los aventureros y se escuchó el estrepitoso correr del cerrojo.

— ¡Muy bien! —dijo Richard—. Ahora podemos prepararnos a dejar crecer nuestras barbas y a excavar un túnel con las uñas como Montecristo.

Nadie le respondió. La impresión general era de un mortal desaliento. Mientras sus ojos se acomodaban a la semipenumbra guardaron un profundo silencio.

—Bueno —dijo finalmente Ángel—. No hay por qué desanimarse. Veo que nos han provisto de camastros. ¿Por qué no exploramos esto a ver si encontramos un pasadizo secreto?

—La cosa no está para bromas —refunfuñó Bárbara.

Angel paseó arriba y abajo del calabozo. Tenía amplitud y arrimados a las paredes, debajo de los ventanos, habían media docena de tablas estrechas sujetas a la pared. El piso era de tierra y estaba cubierto por una capa de paja que trasudaba humedad.

—No hay esqueletos atados a cadenas —aseguró después de su breve exploración.

— ¡Pues vaya un consuelo! —gruñó Bárbara.

—Profesor. Usted que nos ha metido en este lío, ¿tiene idea de cómo vamos a salir de él?

—Llevamos cinco minutos encerrados —gruñó el viejo—. ¿Y ya

quiere saber lo que ocurrirá luego? No es eso lo que preocupa ahora, sino los platillos volantes.

Empezaron a comentar lo que habían visto en los platillos volantes y a discutir sobre su sistema de propulsión. El profesor era del parecer que aquellos platillos volantes no estaban capacitados para hacer el largo viaje desde Venus a la Tierra.

—Son simples aparatos de reconocimiento —aseguró. El vehículo en que vinieron los venusinos tiene que ser mucho más grande y bien dotado. Me gustaría saber dónde está.

Transcurrió una hora así. Al cabo de éste tiempo se oyó descorrer de cerrojos y la puerta se abrió hacia adentro.

— ¡Arthur Winfield! —llamó una voz bien timbrada desde la oscuridad del corredor—.

El joven se puso en pie palideciendo.

— ¿Quién me llama? —preguntó adelantándose hacia la puerta.

—Sal y lo verás. ¿Es que ya no me reconoces?

Arthur salió al corredor en mitad de un denso silencio. La oscuridad le absorbió. De pronto se oyó un grito de infinita sorpresa:-¡Carol! ¡Carol Mitchel!

CAPITULO IX
EL EXTRAÑO CASO DE CAROL MITCHEL

Cuando la luz que entraba por los altos ventanos empezaba a extinguirse volvió Arthur Winfield. Entró precedido por el inevitable estrépito de cerrojos y empuñando una antorcha. Todos saltaron en pie y le miraron en silencio mientras la recia puerta volvía a cerrarse.

En su cara y en sus ojos había una nueva luz. Puso el hacha en una anilla en la pared, se volvió hacia sus amigos y exclamó:

— ¡Era Carol! ¡Cielos, parece que lo sueño! Le rodearon haciéndole mil preguntas.

—Vamos a un rincón —dijo el piloto—. Lo que voy a referirles es muy importante.

Se apiñaron en el rincón más oscuro y alejado de los ventanos. La oscuridad dábales una engañosa impresión de mayor sigilo.

—Era Carol Mitchel la que vino a llamarme -susurró Arthur—. Ella nos vio entrar en el monasterio y me reconoció en seguida. Mandó a llamarme en cuanto se vio libre del profesor Mattox.

Después de una pausa Winfield prosiguió:

—La verdad de lo ocurrido en el que llamábamos "caso Mitchel" es de una complejidad que aturde. Ya todos sabemos cómo el doctor Mattox se enamoró de Carol Mitchel, fue rechazado, procesado y recluido en prisión. Que se escapó y no volvió a saberse de él, hasta que una vieja tibetana, loca de remate, nos refirió a Migue! Ángel y a mí una fantástica historia acerca de cierto trasplante de cerebros y otras lindezas por el estilo.

—Según eso — interrumpió Miguel Ángel—, ¿ya no crees en la posibilidad de que fuera cierta la historia de la vieja?

— ¿Cómo voy a creerlo después de haber hablado con Carol? Lo que realmente ocurrió fue esto: que, tal y como Kruif nos confesó esta mañana, trajo a este valle a los Mitchel en vez de llevarlos a Teherán. El doctor Mattox, que por lo visto no perdió la pista de Carol en todos estos años, sobornó a Kruif para que amarrara su hidro en el lago de ahí enfrente. Al llegar aquí, Carol y su padre se encontraron con Mattox.

— ¿Qué hacía Mattox en este valle? —preguntó el profesor,

—Vino para atender a la salud de Sakya Kuku Ñor, Sabe Dios de qué forma entraron en contacto Sakya *y* Mattox. Sakya era, digámoslo así, la reina de esté valle. Tenía más de cien años, se enteró de los experimentos de Mattox acerca de la forma de rejuvenecer a las personas y le trajo para que la volviera a una ilusoria juventud. La naturaleza intrigante de Mattox pronto dio sus frutos. Liego a dominar a Sakya totalmente. Con la amenaza de abandonarla le obligaba a secundar todos sus planes y Sakya secundó el de raptar a mi ex novia con su oro.

Arthur hizo una pausa para mirar a sus interesados oyentes. Suspiró y continuó diciendo:

—Mattox continuaba enamorado de Carol. La muchacha le odiaba con toda su alma y el doctor se propuso operarle en e! cerebro para privarle de la memoria. Creía que, borrando todo el pasado de Carol, ésta empezaría a corresponder su amor.

— ¿Hizo esa operación? —preguntó Bárbara.

—Si, la hizo. Pero primero ensayó en mister John Mitchel. Dejó al millonario sin memoria, con un cerebro de niño recién nacido casi, y se deshizo de él haciendo que Kruif lo devolviera a la India en el avión "Cessna". A continuación durmió a Carol administrándole una droga y la llevó al quirófano para operarla en el cerebro.

—Y Carol, como su padre, perdió la memoria.

—En efecto, Mattox se propuso provocar una amnesia en Carol, pero posiblemente temió dañarla demasiado, al extremo de dejarla insensible a su amor. Carol no perdió completamente la memoria. Recordaba vagamente cosas de su pasado, como se recuerdan confusamente los sucesos de nuestra niñez. Naturalmente, el doctor faltó así a la promesa hecha a Sakya, la cual, en su credulidad, esperaba ver trasplantado su cerebro al cuerpo joven y bello de Carol Mitchel. Mattox anunció desenfadadamente el cambio de cuerpos, y presentó a Carol al pueblo de Gpur como la reencarnación de Sakya Kuku Ñor. Víctima de engaño, Sakya había anunciado a sus correligionarios y fieles su inminente reencarnación en el cuerpo de la joven norteamericana. De este modo, cuando Mattox presentó a la convaleciente Carol como una nueva Sakya Kuku Ñor, la verdadera Sakya se vio cogida en sus propias palabras, y nadie la creyó. El ignorante pueblo de Gpur creyó que la auténtica Sakya vivía ahora en el cuerpo de la americana, y nadie quiso escuchar sus protestas.

— ¡Vaya con el doctor Mattox! —gruñó Walter Chase.

—La vieja Sakya trató por todos los medios de recobrar la obediencia de su pueblo, y ante la imposibilidad de conseguirlo le contó a Carol toda la verdad de lo sucedido. Le dijo quién era, cuál era su verdadero nombre y cómo había sido secuestrada. Carol asoció el relato de Sakya con los vagos recuerdos que conservaba de su pasado y creyó a la vieja. Le entregó su anillo, le confió sus recuerdos y la encargó que me buscara. Sakya, aunque vigilada, disfrutaba de cierta libertad dentro del monasterio, pues aunque se la suponía reencarnada en el cuerpo de Carol, todavía inspiraba respeto, siquiera porque la anciana había sido durante un siglo la envoltura mortal de la Sakya,a quien todos adoraban. Sakya, que tenía todavía una respetable cantidad de oro, compró a un par de guías para que la ayudaran a escapar del valle. Logró transponer las altas montañas que

circundan el valle, llegó a Calcuta, y de alguna forma supo que yo me encontraba en la ciudad. Me buscó, vino a mi habitación y me contó aquella fantástica historia acerca del transplante de cerebros.

— ¿Por qué no dijo la verdad? —preguntó Miguel Ángel Aznar.

—No lo sé, y nunca lo sabremos. Sakya jamás regresó a este lugar. Fue asesinada aquella misma noche y su cadáver arrojado al río. Tal vez representó aquella comedia imaginando que de este modo estimularía más mi afán por rescatar a Carol y salvarla a ella misma, llevándola conmigo al Tibet y devolviéndole su condición de reina de Gpur. Es difícil saberlo. Mattox había enviado a sus esbirros en persecución de Sakya, y éstos lograron alcanzarla.

— ¡Vaya historia más extraña! —exclamó Balmer.

— ¿Y cuál es la situación actual de Carol Mitchel en este lugar? —preguntó el profesor Stefansson.

—Carol teme a Mattox y optó por llevarle la corriente, siguiendo sus indicaciones como lo haría bajo estado hipnótico Se presenta ante el pueblo de Gpur cuando las solemnidades religiosas se lo imponen, y gobierna en este minúsculo reino siempre bajo las órdenes del doctor. Pero Carol acariciaba propósitos de fuga... y ha creído ver el cielo abierto cuando supo que estábamos aquí. Por una feliz coincidencia el doctor Mattox no se encuentra en Gpur en estos momentos. Pero estará de regreso al amanecer. Por lo tanto tenemos que intentar la fuga esta misma noche.

— ¡Fugarnos! —exclamó Miguel Ángel—. ¿Cómo?

—El hidroavión de los Mitchel sigue amarado en la orilla del lago.

—Pero con todos esos "platillos volantes" ahí...

—Los "platillos volantes" van a despegar de un momento a otro. Esta noche no habrá aquí un solo "platillo volante" capaz de impedirnos la fuga. Pero hay otros inconvenientes...

—Ya me lo estaba temiendo —dijo Miguel Ángel.

—Kruif vendrá con nosotros.

— ¿Kruif, ese secuestrador asesino?

—Tiene las llaves del avión y conoce bien el terreno que habremos de sobrevolar en la noche. No es que me guste que venga con nosotros, pero Kruif ha impuesto esa condición y tendremos que aceptarla... o no habrá fuga.

— ¿Cómo es posible que Kruif, después de todo lo ocurrido, desee volver al mundo civilizado? A cualquier parte que vaya le echarán el guante y le condenarán a cadena perpetua.

—Kruif también tiene su problema. Los Hombres Grises van a llevarlo cautivo a Venus. No se lo han anunciado expresamente, pero Kruif teme que su final sea ese. Al parecer, los Hombres Grises tienen en el valle una gran cosmonave. Periódicamente la cosmonave hace

viajes desde la Tierra a Venus y regresa. Cuando la cosmonave está aquí, es señal inequívoca de que pronto habrá listo un contingente de prisioneros para ser trasladados a Venus.
¿Qué es eso de un contingente de prisioneros? —preguntó el profesor Stefansson con curiosidad.
—Cada año desaparecen varios miles de personas en todos los países del mundo. Se supone que la mayoría desaparecen voluntariamente. Otros son víctimas de ataques de amnesia, y algunos sufren accidentes. A todos estas motivaciones hay que añadir una más. Los Hombres Grises están secuestrando continuamente hombres y mujeres en todo el mundo. Hombres de ciencia, doctores en medicina, técnicos y especialistas. Nadie sabe lo que están haciendo los Hombres Grises de Venus, pero se supone que están creando una poderosa industria para la que precisan abundante mano de obra especializada. Esta noche los "platillos volantes" saldrán con destino a distintos lugares y regresarán con nuevos prisioneros. Nosotros mismos podemos formar parte del próximo cargamento de esclavos que saldrá hacia Venus, y Kruif teme ser igualmente uno de ellos. Esa, y la providencial ausencia del doctor Mattox, es la *razón* por la cual se hace aconsejable intentar la fuga esta noche.

—Bien —dijo el profesor Stefansson—. Si es ese el único inconveniente, llevaremos con nosotros a Kruif y allá se las entienda con las autoridades cuando lleguemos a un lugar civilizado.

—Ese no es el único inconveniente —dijo Arthur—. El hidroplano sólo tiene en sus depósitos el combustible que sobró después de su último viaje. Es decir, el combustible que tenemos no nos permitirá alcanzar la India. El avión sólo volará unos doscientos kilómetros como mucho, de hecho sólo nos servirá para salir del valle y alejarnos lo suficiente antes del regreso de Mattox y los "platillos volantes". Volaremos hacia la China. Kruif cree que podremos alcanzar el río Saluen. Allí destruiremos el hidro, de forma que no queden rastros y no puedan localizarnos cuando los "platillos volantes" inicien nuestra búsqueda...

—El "Cessna" es un avión pequeño —observó Miguel Ángel Aznar —. ¿Podrá llevarnos a todos?

—Tres o cuatro de nosotros tendremos que salir del valle buscando el paso entre las montañas. El "Cessna" vendría un poco justo para nueve personas, pero no se trata solamente de eso. El valle no quedará totalmente desguarnecido, aunque se marchen todos los "platillos volantes". Los Hombres Grises tienen instalada en este mismo monasterio una planta atómica. Esta planta alimenta de energía una potente emisora de radio capaz de comunicar con Venus. La gran antena de esa emisora está en la cima de una de las montañas; en esa

misma montaña tienen instalada una rampa lanza-missiles para la defensa de su base. Es decir, tan pronto pongamos en marcha el motor del hidroplano, los Hombres Grises se darán cuenta y avisarán a la defensa para que nos derriben. Por lo tanto, si queremos escapar de este valle, algunos de nosotros tendremos que subir a la montaña y volar la rampa de missiles y la antena de radio.

—O sea, que la fuga no es tan fácil como parecía a primera vista —refunfuñó Richard Balmer.

—Veamos —dijo Miguel Ángel—, ¿No sería posible atacar la planta atómica aquí, en el mismo monasterio, evitándonos el tener que subir a la cima de la montaña?

—No he visto personalmente esa instalación, pero Kruif asegura que es inexpugnable. Los Hombres Grises son gente muy desconfiada y han protegido su planta atómica con sistemas de alarma y puertas de acero electrificadas. Además, un ataque a la planta de energía no pondría fuera de servicio a la rampa lanza-missiles. Recuerda que es a esos missiles a quienes tememos, aunque los Hombres Grises podrían utilizar también su emisora para llamar al "platillo volante" que se encuentre más cerca y hacer que éste acudiera rápidamente.

—Además no cabemos todos en el hidroplano —gruñó Walter Chase—. ¿Para qué discutir?

Los hombres guardaron silencio, quebrados en su moral ante la perspectiva de tener que dividirse en dos grupos, uno de los cuales, el que se quedara para llevar a cabo la misión, contaría con escasas probabilidades de poder llegar al más próximo lugar civilizado.

—Dime una cosa, Arthur —dijo Aznar incisivo—. ¿Has cogido ya a los hombres que deberán sacrificarse?

—Yo seré uno de ellos —contestó Arthur—. Baiserab vendrá conmigo. El puede sernos de inestimable ayuda para encontrar el paso y guiarnos a través de las montañas.

— ¿Haces esto por Carol, no es cierto?

—Por Carol... y porque en cierto modo yo os metí a todos en este lío.

—Bien mirado sólo necesita uno más para que le acompañe. Podríamos echarlo a suertes entre los demás —dijo el profesor Stefansson.

— ¿Se siente usted capaz de escalar esas montañas? ¿Cree que podrá andar durante cuatro o cinco días atravesando ventisqueros, escalando riscos y bajando colgado de una cuerda, a quince grados bajo cero mientras le zarandea el viento? —preguntó Richard Balmer, quien concluyó sin esperar a la respuesta del sabio—. No sea ingenuo, profesor. No quiera presumir de atleta, usted es un viejo. Si hay que echarlo a suertes, usted no entrará en el sorteo.

—No es justo que otro me tenga que ceder su lugar en el avión —

protestó Stefansson.

—Yo iré con Arthur, y así no habrá discusiones —se ofreció Miguel Ángel Aznar.

—Yo iré también con ustedes —dijo Richard Balmer como quien no concede importancia a la cosa—. El "Cessna" agradecerá mucho librarse de mí, Peso tanto como Bab y miss Mitchel juntas. Además, necesitarán un experto en radio para colocar las cargas en el punto adecuado para inutilizar la emisora ¿Dispondremos de explosivos?

—Nos darán algunas armas, pero no es fácil que podamos disponer también de explosivos.

—Bueno, no importa —dijo Balmer—. Si hay missiles allí, encontraremos la forma de utilizarlos para arruinar la instalación de los Hombres Grises, de modo que no puedan comunicarse con Venus en bastante tiempo.

—Está decidido —dijo Miguel Ángel Aznar—. Walter, Richard, Baiserab y yo formaremos la cuadrilla de demolición. Cuando vean las explosiones en ía cima de la montaña, ustedes pondrán el avión en marcha y despegarán.

La conversación fue interrumpida por un estrépito de cerrojos en la parte exterior. La puerta se abrió de nuevo y un par de mongoles entraron con un caldero lleno de carne guisada con patatas. También dejaron algunas piezas de pan de centeno, negro y duro, un queso hecho de leche de cabra y un gran jarro de agua.

Los expedicionarios estaban hambrientos y se dispusieron a dar cuenta del guiso de carne, pese al feo aspecto que este ofrecía.

—Dejen el queso y el pan. para Arthur Winfield y el grupo que habrá de acompañarle —dijo el profesor Stefansson—. Su camino será mucho más largo que el nuestro y puede hacerles falta.

El guiso resultó ser bueno, y como había en cantidad, el grupo sació su hambre.

—Dígame, Winfield —interrogó el profesor—. ¿Qué ha podido averiguar miss Mitchel acerca de los Hombres Grises?

—Ya estaban aquí' cuando ella llegó. Parece que eligieron el valle de Gpur como base de operaciones debido al aislamiento de este del mundo exterior. Los Hombres de Venus hicieron un convenio con la vieja Sakya Kuku Ñor. Ellos llenan las arcas de Sakya de oro, y a cambio son aprovisionados y disfrutan de plena libertad utilizando el valle como base de operaciones. Es poco en general lo que se sabe de los Hombres de Venus. Al parecer son gente muy reservada. Kruif es quien más sabe acerca de esa extraña raza, pero no he tenido ocasión de hablar con él.

— ¿Cómo saldremos del valle después de volar la plataforma lanza-missiles? —preguntó Miguel Ángel Aznar.

—Kruif ha volado sobre las montañas y ha trazado un mapa que

nos entregará luego.

— ¿Y no surgirán dificultades con la gente de Sakya?

—No, ninguna. La guardia personal de Sakya obedece ciegamente a Carol, suponiendo que en ella está reencarnada el alma de la verdadera Sakya. De todos modos muy pocos de los habitantes de Gpur sabrán que su reina se dispone a abandonarles. Y para cuando lo sepan ya estaremos lejos del valle.

— ¿A qué hora vendrán a buscarnos?

—Al filo de la medianoche. Para entonces tendremos Luna. Nos será muy necesaria para volar sobre las montañas y encontrar un lugar adecuado donde amarar.

—Bien, si es así disponemos todavía de algunas horas para descansar —dijo Miguel Ángel.

El grupo se disolvió marchando en busca de los camastros. Miguel Ángel Aznar se quitó la pelliza de cuero, se tendió en el camastro y se cubrió con la prenda, dispuesto a descabezar un sueño.

Faltaban pocos minutos para las doce. La antorcha había acabado por consumirse, convertida en una brasa humeante en el oscuro rincón de la mazmorra. Solamente los que poseían nervios capaces para ello habían conseguido dormir un poco, y Miguel Ángel Aznar era uno de ellos.

No obstante, como si en su subconsciente funcionara un reloj despertador, también Aznar se despertó. Sus compañeros cuchicheaban en la oscuridad y Miguel Ángel buscó en sus bolsillos un cigarrillo que no encontró.

— ¿Alguien tiene un cigarrillo? —preguntó.

—Sí —contestó Bárbara Watt.

La sintió acercarse en la oscuridad. La muchacha tomó asiento en el borde del camastro y encendió una cerilla.

A la luz de la candela Miguel Ángel Aznar pudo ver el blanco rostro de la chica. Ella le ofreció un cigarrillo y a continuación se lo encendió.

—Quédese con el paquete —dijo Bab—. Su camino será mucho más largo que el nuestro. Tome también las cerillas.

—Gracias, se lo acepto. ¿No quiere uno?

—No. Suelo fumar poco —rechazó ella apagando la cerilla—. Creo que en realidad no me gusta. ¿No es absurdo que una haga cosas que no le gustan, sólo porque las hacen los demás?

—Sí, es realmente absurdo. Nadie empieza a fumar porque le guste. El primer cigarrillo suele sentarnos mal a todo el inundo. Pero insistimos hasta acostumbrarnos al tabaco.

Guardaron silencio. En la oscuridad de la mazmorra la punta del cigarrillo de Aznar era una pequeña brasa.

—Es curioso —dijo él de pronto—. Llevamos varios días juntos y no sé nada de usted. Cuáles son sus gustos, dónde nació, si tiene padres o hermanos... o novio.

— ¿Le importa saber si tengo novio? —preguntó Bab.

—No lo sé, nunca me lo había preguntado. Pero ahora que lo pienso, no soy capaz de imaginarme qué tipo de hombre le iría bien. Usted no es una chica corriente. El hombre que finalmente se case con usted tampoco debería ser un tipo vulgar.

—Es muy amable por su parte decir que no soy una chica vulgar. A nadie le gusta la vulgaridad...

—No es un cumplido, se lo aseguro. Me gusta su manera de ser. Valiente, serena... otra chica cualquiera, en sus circunstancias, estaría llorando de miedo.

— ¿Se figura que no siento miedo?

—Claro que su También yo estoy asustado. Y eso es precisamente lo que distingue a las personas valientes de las cobardes. El cobarde se viene abajo ante el peligro. El valiente agudiza su ingenio y no permite que el miedo ponga plomo en sus piernas ni nieblas en sus ideas.

—Usted es un hombre valeroso.

— ¡Vaya, no he querido decir eso! —protestó Miguel Ángel Aznar.

—Sí, lo es. Y además tiene la virtud más difícil de encontrar en los hombres, la generosidad. Usted se ha ofrecido para atacar y destruir la batería de missiles de los Hombres Grises, sacrificándose voluntariamente en beneficio de los demás.

— Bueno, alguien tenía que hacerlo. Arthur fue el primero en ofrecerse, y no podíamos dejarle solo.

—Winfield tenía una razón para ofrecerse voluntario. El ama a Carol Mitchel y desea salvarla. Pero los demás, ¿qué somos para usted? Prácticamente unos desconocidos.

—No lo crea, yo les estimo mucho. Ustedes son mis amigos, y yo tengo un gran concepto de la amistad.

La fría mano de Bárbara Watt buscó la de Aznar en la oscuridad y se la apretó con fuerza. Su voz era ligeramente ronca:

—Gracias por todo, señor Aznar... en nornbre propio y en el de todos los demás. Espero que las cosas le vayan bien y nos veamos de nuevo algún día...

— ¡Seguro! —dijo Aznar animosamente—. Nos reuniremos en Calcuta. ¿Acepta usted salir conmigo una noche?

La muchacha no llegó a contestar. Un ruido en la puerta les hizo poner nerviosamente en pie. Alguien descorría el cerrojo con sigilo. Miguel Ángel Aznar arrojó al suelo su cigarrillo y lo aplastó con el tacón.

La maciza puerta giró con leve chirrido sobre sus goznes y la luz de

una linterna bañó el pálido rostro de Arthur Winfield.

— ¡Vamos, salgan todos! —apremió una voz.

Winfield fue el primero en salir. Miguel Ángel Aznar se caló la gorra, se echó la pelliza de cuero al hombro y siguió a los demás hasta el corredor. Allí estaba Kruif con una pistola automática en la mano. En la otra mano empuñaba una linterna eléctrica.

Detrás de Kruif, empuñando otra linterna, había una mujer de estatura regular, vestida con pantalones largos y una pelliza acolchada, cubriéndose la cabeza con un gorro peludo provisto de orejeras. Posiblemente fuera una mujer hermosa en otras circunstancias. A Miguel Ángel le pareció una chica bastante corriente.

Por último, a espaldas de Carol Mitchel, estaban dos mongoles, también con gorros peludos, cada uno de ellos cargado con una pesada mochila y empuñando una metralleta.

— ¿Han decidido quienes van a asaltar la rampa de missiles de los "thorbod"? —preguntó Kruif.

—Se refiere a los Hombres de Venus? —preguntó el profesor Stefansson—. ¿Qué significa la palabra "thorbod"?

—Lo ignoro. Siempre he supuesto que su significado es el mismo que la palabra "hombres", o alemán, o inglés entre nosotros. Algo que define su raza o su nacionalidad.

El profesor Stefansson asintió con un gruñido y el piloto volvió a insistir:

— ¿Se han puesto de acuerdo sobre quienes habrán de destruir la rampa de missiles?

—Yo -dijo Arthur Winfield-. Conmigo vendrán el teniente Aznar y el sargento Balmer. El sargento es un experto en electrónica y se ocupará de inutilizar la emisora. ¿Disponemos de explosivos?

—Lo siento, no he podido conseguir explosivos. Pero los missiles están cargados de explosivos de alta potencia y estallarán si originan un incendio. En una de esas mochilas hay una lata de petróleo. También algunas provisiones para el largo camino que les espera. Aquí tiene un mapa detallado del camino que deberán seguir para alcanzar la cabecera del río Saluen. Si siguen el río llegarán a Sokyong, una ciudad de cierta importancia donde podrán considerarse a salvo.

— ¿Cómo daremos con la rampa de missiles y la emisora de radio? -preguntó Miguel Ángel Aznar.

—Los guías les acompañarán hasta allí. El resto tendrán que hacerlo solos. Encontrarán más de un "thorbod" en la emisora y la batería de missiles. Tendrán que matarlos. Pero recuerden que no es fácil matar a un "thorbod", excepto que les disparen a la cabeza o les separen la cabeza del tronco con un cuchillo. Son tipos fuertes y de una vitalidad extraordinaria. Nosotros estaremos esperando sobre el

hidroplano. Cuando veamos saltar la batería despegaremos.

— ¿Y si fracasamos?

—No podremos escapar. No me arriesgaré a despegar sin tener la certeza de que esos missiles están fuera de combate.

—Dígame, Kruif. ¿Qué hará usted después? —preguntó Miguel Ángel con curiosidad.

—Eso es cuenta mía —repuso el piloto—. Nuestro pacto sólo me compromete a sacarles del valle hasta donde alcance el combustible que queda en los depósitos del avión. Y ahora vamos; estamos perdiendo mucho tiempo.

Echaron a andar, Kruif a la cabeza del grupo seguido de Carol Mitchel, y los dos mongoles armados de metralletas.

Alumbrando el camino con su linterna. Kruif condujo al grupo a lo largo del corredor hasta la escalera. Subieron por ésta hasta la destartalada habitación de arriba, pero en lugar de salir de ésta tomaron otra angosta escalera que les llevó hasta la coronación de la muralla.

La luna se levantaba en este momento sobre la cima de las montañas, arrancando reflejos dé las nieves que coronaban los altos picachos. Kruif apagó la linterna.

Después de recorrer un largo trecho de la muralla, otra escalera de piedra les llevó hasta el tejado del monasterio. Este era a modo de una extensa terraza formada de grandes losas, entre cuyos intersticios crecían las hierbas.

Deslizándose silenciosamente entre torres y cúpulas alcanzaron una puertecilla medio carcomida. Kruif volvió a encender la linterna para alumbrar una retorcida escalera que les llevó hasta el templo del monasterio, donde ardían algunas lamparillas de aceite.

Cruzando todo el templo llegaron hasta otra pequeña puerta. Kruif descorrió un cerrojo y abrió la puerta.

El grupo se encontró al aire libre, bajo la fría noche, no lejos de la orilla del lago.

Bajo la luz de la luna andaron con rapidez rodeando el lago en dirección a un bosquecillo que llegaba hasta la misma orilla lamida por las aguas. Kruif se detuvo al llegar al bosquecillo.

—Aquí nos separamos -anunció. Y extendiendo su brazo señaló una cima que se encontraba contra el cielo—: Aquella es la montaña que tendrán que escalar. Quédense con la linterna.

Miguel Ángel aceptó la linterna, señalando a la pistola que Kruif conservaba en la mano.

— ¿Por qué no me entrega también su pistola? Usted no la necesita.

—Los nativos les entregarán sus metralletas y sus cuchillos cuando lleguen arriba. La pistola se queda conmigo —fue la seca respuesta de

Kruif.

—Bien —suspiró Aznar volviéndose hacia el profesor Stefansson—. Despidámonos.

El profesor le estrechó la mano en silencio.

—Que haya suerte —dijo George Paiton emocionado al estrechar la mano del español.

Walter Chase, como el profesor, estaba demasiado emocionado para pronunciar palabra. Solo palmeó amistosamente la espalda de Miguel Ángel y se alejó.

Le tocaba el turno a Bárbara Watt. Su mano, pequeña y fuerte, apretó cálidamente la del teniente.

-Cuídese, Miguel. Recuerde que tiene una cita conmigo. Le esperaré.

-No faltaré, se lo aseguro -dijo Miguel Ángel.

Inesperadamente la muchacha se aupó sobre las puntillas de los pies y le besó rápidamente en la comisura de los labios. Todo fue demasiado rápido para que el español tuviera ocasión de corresponder al afecto de la muchacha.

Ella le soltó la mano y se alejó rápidamente.

Los demás también habían terminado con la despedida.

—Bien, vamonos —dijo Miguel Ángel haciendo una seña a los guías.

Se alejaron con rapidez cruzando el valle. El sendero que seguían ascendía continuamente, y se hizo más empinado y difícil cuando empezaron a escalar la montaña.

Marchaban en fila india, con los dos guías abriendo la marcha, seguidos de Miguel Ángel y Baiserab, con Arthur detrás y Richard Balmer resoplando detrás.

El sendero, en los tramos más difíciles, aparecía tallado en la roca en forma de escalones, Los zig-zag se sucedían unos a otros, y al mirar atrás podían ver el angosto valle a sus pies, con el lago brillando como un espejo bajo la luz de la luna.

Al cabo de una hora de escalada los guías se detuvieron y echaron al suelo sus mochilas.

— ¿Por qué no continuamos? —preguntó Miguel Ángel.

Uno de los guías señaló a la cima de la montaña, diciendo algo que nadie entendió. Los dos hombres soltaron las metralletas y echaron a correr sendero abajo como perseguidos por el diablo.

Debemos encontrarnos cerca del emplazamiento de la batería —dijo Arthur recogiendo las metralletas, entregando una de ellas a Aznar—. En adelante deberemos continuar solos.

Miguel Ángel comprobó que el arma estaba cargada. Eran las mismas que les arrebataron los "thorbod" al hacerles prisioneros.

Richard y Baiserab aprovecharon el breve descanso para hacer un

rápido inventario del contenido de las mochilas. En cada una de ellas venía arrollada una gruesa manta de lana, y entre los pliegues de cada manta había un largo y afilado cuchillo.

Una de las mochilas contenía una lata de petróleo, dos grandes piezas de pan y algunos botes de conservas. La otra contenía más latas de conserva, dos quesos y un gran tasajo de cecina, además de una cafetera, té y una sartén.

—Bien, no es mucho, pero podremos arreglarnos —comentó Richard mientras volvía a meter las cosas en la mochila.

—Sigamos —dijo Miguel Ángel.

El sendero continuaba en forma de toscos escalones tallados en la roca. Cincuenta metros más arriba, Miguel Ángel se paraba bruscamente ante un muro de cemento.

—Hemos llegado.

El sendero venía a terminar en una especie de cornisa. A la derecha se levantaba el muro de cemento. A la izquierda la cornisa se asomaba a un precipicio.

Siguiendo sigilosamente el muro de cemento Miguel Ángel Aznar se detuvo ante una pequeña puerta de hierro. Baiserab, Arthur y Richard se reunieron con él. Miguel Ángel dirigió la luz de su linterna contra la puerta, alumbrando el picaporte.

—Puede estar cerrada por dentro —murmuró Veamos antes si hay acceso por algún otro lugar.

Recorrieron el resto de la cornisa, encontrando al final de esta una escalera de hormigón. La escalera les llevó hasta el techo de la casamata de hormigón, donde vieron una enorme lona moteada de verde y amarillo, la cual cubría algo de forma indefinida.

El viento soplaba con fuerza en aquellas alturas, cosa que apenas habían advertido mientras trepaban por el sendero, y la lona estaba fuertemente sujeta por numerosas cuerdas amarradas a argollas hincadas firmemente al piso de hormigón. El viento hinchaba y hacía latiguear la lona con fuertes chasquidos.

Miguel Ángel se metió a gatas por debajo de la lona y alumbró con la linterna. Salió por la misma abertura y anunció:

—Es una antena en forma de plato, como las que utiliza la NASA para el rastreo de sus satélites artificiales. Está montada sobre un caballete, el cual a su vez gira sobre una vía circular.

—Es muy grande —dijo Richard Balmer—. Lo menos debe tener quince metros de diámetro.

La antena no nos interesa tanto por ahora como la rampa lanza missiles —dijo Miguel Ángel—. Sigamos.

—Rodearon el gran bulto que formaba la lona cubriendo la antena. Al otro lado, sobre un plano más alto, giraba lentamente la antena de un "radar". Al pie de esta antena, recortándose en silueta contra el

cielo, descubrieron los "missiles" montados sobre una rampa giratoria.

Tanto los cohetes como la misma plataforma estaban pintados con colores de "camouflage".

—Ahí están los missiles —señaló Arthur.

Desde el techo de la casamata subieron por una escalerilla metálica al techo de una segunda casamata que servía de asiento a la rampa lanza-missiles.

— ¡Cuidado! —advirtió Miguel Ángel señalando una trampa metálica en el suelo.

Arrimada contra el muro de roca, pero de forma que podía girar hasta quedar encima de la trapa, se veía una pequeña grúa. Probablemente por aquella abertura se sacaban los "missíles" para el servicio de la plataforma lanzadora.

— ¿Ven esto? —señaló Miguel Ángel Aznar—. Probablemente ahí abajo está el almacén de proyectiles. Traigan acá la grúa, vamos a levantar la trapa.

Rápidamente Arthur Winfield y Richard Balmer empujaron el brazo giratorio de la grúa hasta situarlo sobre la trapa. Richard accionó los mandos eléctricos de la grúa, haciendo bajar el cable de acero de cuyo extremo pendía un gancho.

El rumor del motor eléctrico al desenrollar el cable era apenas audible entre el silbido del viento que azotaba aquellas alturas. La trapa tenía un asa en el centro y Miguel Ángel enganchó a ella el cable.

— Ya pueden tirar.

El motor eléctrico se puso de nuevo en marcha, tensando el cable y gruñendo al encontrar la resistencia de! cierre interior de la trapa. Miguel Ángel estaba temiendo que el cable iba a romperse cuando cedió el cierre de la trapa con un crujido.

La trapa saltó y quedó balanceándose al extremo del cable. Baiserab apartó el brazo de la grúa y Aznar fue a asomarse al agujero alumbrando con la linterna.

El haz de luz de la linterna le mostró una escalerilla metálica que se hundía en el agujero. Más abajo alumbró una pequeña carretilla sobre unos rieles. Sobre la carretilla descansaban un par de missiles, listos para ser izados por medio de la grúa, Sin pensarlo un instante, tendiendo la metralleta a Baiserab para que se la sostuviera, Miguel Ángel empezó a bajar la escalerilla hasta que sus pies tocaron el piso. Desde arriba, por el agujero, Baiserab le tendió la metralleta.

Mientras el resto del grupo descendía, Aznar encontró un interruptor eléctrico y lo accionó. Brillaron las luces eléctricas.

Tal como Miguel Ángel había supuesto, se encontraban en el polvorín debajo de la rampa lanza-missiles. El español estaba examinando con curiosidad los proyectiles allí almacenados cuando

Richard Balmer llegó a su lado.

—Proyectiles "SAM" de fabricación soviética —señaló Miguel Ángel —. Los "thorbod" no se molestaron siquiera en traer material bélico de su propia concepción. Apuesto a que en alguna parte, en Rusia, en China o Vietnam, desvalijaron un puesto de defensa antiaérea y se lo trajeron acá en sus "platillos volantes".

Los "missiles" estaban amontonados en ordenadas pilas a cada lado de un pasillo central por donde se deslizaba la vagoneta. Al final de este pasillo había una puerta de acero con su picaporte. Por la posición de la puerta era fácil adivinar que ésta comunicaba con la casamata contigua, donde estaban los operadores de la gran antena de radio para la comunicación con Venus.

Miguel Ángel Aznar empuñó de nuevo la metralleta al acercarse sigilosamente a la puertecilla. Pegó el oído al acero y escuchó. Richard Balmer se acercó y pegó también su oído a la puerta.

Los dos hombres levantaron a la vez la cabeza y se miraron.

— ¡Se oye hablar en inglés! —exclamó Balmer en un susurro.

—Debe ser una radio. Los "thorbod" escuchan nuestras emisiones de radio y de este modo están al tanto de todo cuanto ocurre en nuestro mundo.

Hizo señas imperiosas a Arthur para que se acercara.

—Si la puerta no está cerrada con llave, vamos a entrar ahí disparando contra todo lo que se mueve —anunció.

Arthur asintió silenciosamente y Miguel Ángel puso el dedo sobre el disparador antes de probar con la otra mano del picaporte.

¡El picaporte giró! El español empujó suavemente y la puerta se entreabrió. Una patada acabó de abrirla de golpe y Miguel Ángel saltó dentro.

La casamata de la radio estaba casi dos metros más baja que el polvorín. Cuando Miguel Ángel saltaba desde esta altura, dos "thorbod" volvían sus ojos sorprendidos. Los dos llevaban pistola al cinto y dirigieron sus manos a las armas.

Arthur Winfield, agachado en el hueco de la puertecilla, disparó una ráfaga de metralleta contra los dos "thorbod". Los proyectiles hicieron saltar los cristales de varias de las esferas del panel de mandos de la emisora, y uno al menos de los "thorbod" acusó con un estremecimiento el impacto de las balas que se incrustaban en su corpachón.

Pero un Hombres Gris no tenía corazón, ni pulmones, ni otro órgano vital en su extraña anatomía. Las balas de la primera descarga no les detuvieron.

Fue Miguel Ángel Aznar, quien con una rodilla en el suelo apuntó a la cabeza de uno de los "thorbod"ˆ y disparó volándole los sesos. El segundo "thorbod" ya tenía su arma en la mano cuando Arthur volvió

a disparar, esta vez cuidando de acertarle en la cabeza.

El "thorbod" cayo-pesadamente de bruces derribando la silla en la que había estado sentado al producirse el asalto por sorpresa de los terrícolas. Al cesar los disparos se hizo un extraño silencio, en el [ue sólo se escuchaba la voz de la locutora de la "B.B.C." le Londres dando noticias de la situación política en el Cercano Oriente.

Miguel Ángel se puso en pie y Arthur Winfield saltó dentro de la casamata. Ambos, metralleta en mano, miraron por todos los rincones en busca de más enemigos. No había otros "thorbod" en aquella habitación.

Richard Balmer estaba acurrucado en la puerta que comunicaba con el polvorín y Aznar se volvió hacia él.

—La emisora y el polvorín volarán juntos. No es necesario que intervengamos en la emisora.

—Bien. ¿Cómo vamos a volar el polvorín?

—Hay que acumular en él todo lo que sea combustible. Lo rociaremos con petróleo, le prenderemos fuego y saldremos.

—De acuerdo, manos a la obra —dijo Richard retirándose de la puerta.

Había bastante madera en la casamata. Una mesa, cuatro sillas, dos camastros, un armario y varias estanterías que contenían platos, botellas y latas de conservas. Baiserab entró en la habitación para ayudar a Aznar y Arthur en la destrucción de los muebles.

La madera fue echada dentro del polvorín, donde Richard acababa de descubrir el escondrijo de una caja llena de espoletas para los missiles.

Richard armó una buena pira colocando debajo de todo un colchón de lana que roció con el petróleo de la lata. Sobre el colchón amontonó la madera, y encima de todo puso la caja de espoletas.

—Listo, salgan todos mientras enciendo la hoguera. Aznar y Arthur salieron por la puerta que daba sobre la cornisa. Baiserab se retrasó para coger dos mantas de los camastros y atarlas con un cordel. Al final de la cornisa esperaron a Balmer, el cual no tardó en aparecer corriendo todo lo aprisa que le permitían sus piernas.

—Por aquí —señaló Baiserab el nuevo camino que debían seguir.

Mientras se alejaban vieron salir llamas y humo por la trapa que había quedado abierta al pie de la rampa lanza-missiles. Se encontraban a quinientos metros de distancia, saltando entre las rocas, cuando se produjo la explosión.

Un cráter de llamas iluminó la noche en mitad de una aterradora explosión. La rampa lanza-missiles, la gran antena parabólica, moles de cemento y missiles enteros salieron despedidos en todas direcciones...

El eco repitió de montaña en montaña el estallido, que fue

debilitándose poco a poco en la distancia. Apenas se había hecho el silencio, cuando se escuchó un nuevo ruido. Era el roncar de un motor de avión allá en el fondo del valle.

Desde el lugar donde se encontraban, los cuatro hombres vieron el relampaguear de la luna en la hélice y las partes cromadas del avión cuando despegaba. El "Cessna" surcó las tranquilas aguas del lago, se elevó y tuvo que efectuar un brusco viraje para no estrellarse contra las montañas.

Voló a lo largo del valle ganando altura, y de nuevo se vio obligado a virar para volver en la dirección del lugar donde se encontraban Miguel Ángel y sus compañeros.

Lanzando gritos que los del avión en modo alguno podían oir, Balmer hizo señales con la linterna en el momento que el "Cessna" pasaba ante ellos. El aparato se alejó rozando casi con los flotadores la cresta de las montañas. Luego se perdió de vista, y el ronquido del motor se fue apagando en la distancia hasta que todo quedó en silencio.

—Hay que reconocer que ese Kruif es un buen piloto donde los haya —dijo Arthur.

—Bueno —suspiró Richard apagando la linterna—. Todo resultó bastante fácil después de todo.

—En efecto -contestó Miguel Ángel—. La parte más difícil empieza ahora para nosotros.

Baiserab les hacía imperiosas señas para que le siguieran. Los tres hombres echaron a andar.

CAPITULO X
EL REGRESO

Al abandonar el sendero habían tomado la dirección Este, avanzando con dificultad por un terreno donde no existían huellas de que nadie hubiese pasado por allí anteriormente.

Temían ser perseguidos y buscados por los Hombres de Venus, que querrían vengar en ellos la destrucción de la valiosa estación de radio y la muerte de dos de los suyos. Al amanecer buscaron refugio en la angosta "oquedad de un risco. Estaban rotos de cansancio y de hambre, y el frío era muy intenso.

Hacia las ocho de la mañana Richard Balmer despertó de un codazo a Miguel Ángel, que dormía acurrucado en el pequeño espacio, envuelto en una manta.

— ¡Eh, teniente! ¡Tenemos un platillo volante a la vista!

Miguel Ángel fue a atisbar entre los ralos hierbajos que cubrían la entrada al refugio. Vio un "platillo volante" que, como suspendido del espacio por hilos invisibles, parecía explorar desde lo alto cada palmo del terreno.

El viento zarandeaba en ocasiones a la máquina y, en general, esta parecía afectada por la corriente de aire que la empujaba desplazándola lentamente.

—Me pregunto cómo se les arreglarán para sostener "eso" en el aire —murmuró Arthur.

— ¡Chist, no hablen! —ordenó Aznar sigilosamente.

— ¡Caramba, no hay para tanto! No creo que puedan oírnos desde allí arriba.

— ¿Quién sabe? También nosotros tenemos aparatos auditivos de gran sensibilidad, que permiten escuchar una conversación sostenida en voz baja a cien metros de distancia.

Los cuatro hombres esperaron en silencio sin apartar sus ojos del "platillo volante". Este, empujado por el viento, se fue alejando hasta desaparecer en la distancia.

Aunque no vieron ningún otro aparato en el resto del día, el temor a los "platillos volantes" que les buscaban les mantuvo escondidos en su agujero.

Con las últimas luces del día abandonaron su refugio y se pusieron en marcha. La oscuridad de la noche les alcanzó en un paso tan difícil que les obligó a esperar la aparición de la luna, aprovechando para comer algo.

Hacia las once de la noche salió la luna y continuaron la marcha.

Las luces del alba les alcanzaron al pie de un ventisquero, punto culminante de aquella penosa marcha, y traspuesto el cual todo debería ser más fácil, pues realmente habrían cruzado la frontera del valle de Gpur. La vista de aquel ventisquero era tan impresionante

desde el pié del mismo, que Richard preguntó a Baiserab si realmente estaba seguro de encontrarse sobre la ruta adecuada.

—El ventisquero está claramente señalado en el mapa de Kruif.

— ¿Y quién nos asegura que Kruif nos dio la ruta verdadera?

—Tenemos que seguir su mapa, es nuestra única alternativa —contestó Miguel Ángel.

Como la mañana anterior los hombres estaban agotados de cansancio. No se habían detenido ni siquiera para encender un fuego en el que calentar agua y hacer té.

Por la misma razón tampoco se atrevieron a encender fuego durante el día. Cavaron con los cuchillos un agujero en el hielo, que cubrieron con una manta de hielo de forma que no pudieran ser vistos desde el aire. Tratar de dormir en estas circunstancias era imposible. Fue un dia horrible, pero al menos no se presentó ningún "platillo volante", o si se presentó no lo vieron, acurrucados en aquel agujero, rodeados de hielo y con los pies ateridos. La irritación que sentían les hizo sentirse osados. A la caída del sol abandonaron el refugio, cargaron con las mochilas y las armas y emprendieron la escalada del ventisquero, atándose los cuatro a una misma cuerda.

Si en este momento se hubiese presentado algún "platillo volante" habrían sido vistos fácilmente, pues sus vestidos gris oscuro por fuerza tendrían que destacar sobre la blancura inmaculada del hielo. Pero más o menos lo mismo habría ocurrido durante la noche, a la luz de la luna.

Penosamente ascendían por la pendiente de hielo, teniendo en ocasiones que tallar escalones con los cuchillos.

Los resbalones eran frecuentes y a cada momento estuvieron en el riesgo de que la caída de cualquiera de ellos arrastrara a todos los demás como por un tobogán.

Lentamente, paso a paso, iban ascendiendo hacia la cresta del ventisquero, que no alcanzaron hasta las primeras luces del alba.

—No podemos detenernos aquí —dijo Miguel Ángel a sus exhaustos compañeros.

El descenso fue muy rápido, dejándose resbalar a veces de exprofeso hasta el saliente más próximo, sirviéndose con ventaja de la cuerda para alcanzar el límite de los hielos a la salida del sol.

El ventisquero alimentaba un pequeño riachuelo, apareciendo el suelo cubierto de musgo. Demasiado cansados para pensar siquiera en comer, los cuatro hombres se envolvieron en sus mantas de pelo de yak y se tumbaron sobre el musgo, durmiendo pesadamente hasta pasado el mediodía.

Antes de reanudar la marcha comieron de sus escasas provisiones; cecina de yak, queso y pan duro.

El camino a lo largo de la garganta por donde se deslizaba el

riachuelo estaba sembrado de grandes piedras. Poco después se internaban en un desfiladero. El viento, encajonado entre las inaccesibles paredes roqueñas, soplaba allí con extraordinaria fuerza. Frecuentemente tenían que andar por el agua, que procedente del ventisquero era fría como el mismo hielo.

Cuando finalmente consiguieron salir de aquel infierno era cerrada la noche. Por primera vez encontraron vestigios de auténtica vegetación. Con las últimas fuerzas que les quedaban reunieron ramas de arbustos secos y encendieron un fuego. Hicieron té, calentaron las conservas y secaron su calzado.

Reconfortados y optimistas, apagaron el fuego y se envolvieron en las mantas para dormir toda la noche de un tirón.

En contraste con la zozobra de los días anteriores, todos se sentían animosos a la mañana siguiente. Brillaba el sol, cantaba el arroyo entre las .piedras, y el césped cubría de verde las laderas próximas.

De nuevo encendieron fuego, tomaron té y comieron con apetito. Miguel Ángel Aznar extendió el tosco mapa sobre sus rodillas mientras comía.

—Si el mapa no está equivocado, este riachuelo debe ser la cabecera del río Saluen. Podemos llegar hoy mismo hasta la aldea llamada Sokyong.

Reunieron el equipo y se pusieron en marcha. El pequeño riachuelo que nacía al pie del ventisquero engrosaba constantemente su caudal con las aportaciones de nuevos arroyos que bajaban de las montañas y los manantiales en ambas márgenes del río.

El río era ya muy caudaloso en Sokyong, a donde llegaron aquella tarde. Sokyong era un poblado de cierta importancia. Un policía local les llevó ante el alcalde, con el cual discutió largamente Baiserab.

Baiserab informó a sus amigos:

—Nos darán posada y comida. Mañana nos conducirán a Lo Dyon para presentarnos a las autoridades.

—Espero que no tengamos dificultades para salir de China —dijo Richard Balmer—. ¡Era lo único que nos faltaba!

Considerando las penalidades que tuvieron que sufrir para escapar de Gpur, Miguel Ángel Aznar no concedió demasiada importancia a los temores de Balmer.

A la mañana siguiente fueron despertados temprano, y subidos a un viejo camión ruso, que el propio alcalde conducía, con dos guardias armados de fusiles vigilándoles, tomaron el camino de Lo Dyon, por una carretera infernal a lo largo del río.

A unos cincuenta kilómetros de Sokyong el camión se detuvo al encontrar la carretera obstruida por un tiro de búfalos. El río era en aquel paraje ancho y de aguas tranquilas y profundas. Casi un centenar de campesinos colaboraban en la tarea de sacar algo del río.

Eran los restos de un avión, cuya cola sobresalía del agua.

— ¡Miren, son los restos del "Cessna"! —exclamó Richard Balmer—. Kruif consiguió llegar hasta aquí y amarar en el río.

—Baiserab, pregunta a esta gente si saben algo de los tripulantes del avión.

El guía intentó bajarse del camión, pero los guardias no se lo permitieron. El alcalde se había apeado y charlaba con los hombres que dirigían la operación de rescate. Cuando los búfalos dejaron expedita la carretera el alcalde regresó al camión. Baiserab le preguntó en su imperfecto chino, pero no fue posible obtener ninguna respuesta concreta.

Aquella tarde, después de un viaje de trescientos kilómetros, el desvencijado camión se detenía ante la Comisaría de Lo Dyon.

Apenas habían saltado a tierra los polvorientos viajeros, cuando escucharon una voz jubilosa:

— ¡Miguel Ángel!

De un edificio contiguo a la Comisaría, una mujer vestida con pantalones masculinos venía corriendo. Era Bárbara Watt. Desde el pórtico del edificio les contemplaban el profesor Stefansson, George Paiton y Walter Chase, a quienes tenían a raya dos policías armados.

Bárbara Watt llegó hasta el grupo y se arrojó espontáneamente entre los brazos de Miguel Ángel Aznar.

— ¡Por fin, qué alegría de verles! —exclamó la muchacha con pupilas húmedas de lágrimas—. Temíamos que no lograran escapar de aquel valle.

—Pues sí, escapamos —dijo Miguel Ángel reteniendo entre sus brazos a la muchacha.

Ella se ruborizó y se soltó de los brazos del español. Los guardias tiraban del teniente y éste se despidió de la joven con un:

—Nos veremos luego.

Después de dos horas de interminable interrogatorio los cuatro hombres fueron sacados de la comisaría y llevados al hotel con el resto de la expedición.

—Deben habernos tomados por chiflados —confió Miguel Ángel al profesor Stefansson—. No nos creyeron una palabra.

Al día siguiente el grupo fue trasladado a Yercala, donde de nuevo fueron sometidos a interrogatorio. De nada sirvió que el profesor Stefansson se presentara como funcionario de la O.N.U. No tenía documentos para probarlo.

Por suerte para el grupo, la China acababa de ingresar en las Naciones Unidas, y la política de los dirigentes chinos se inclinaba hacia un mejor entendimiento con los Estados Unidos.

Un día, después de dos semanas, fueron invitados a subir en un avión "DC-4" y trasladados a Myilkyina, en el norte de Birmania.

Desde Myilkyina, en coche cama, viajaron a Rangún, y desde aquí en avión a Calcuta, donde se encontraron de nuevo con su añorado "DC-8", el "CÓNDOR".

Cumpliendo el compromiso que habían contraído, la última noche en Calcuta Bárbara Watt y Miguel Ángel Aznar salieron a cenar juntos.-

De regreso, en la terraza del Hotel Europa, la pareja se entretuvo como queriendo prolongar un poco más aquella noche tan feliz.

—Bien, ya todo ha terminado —suspiró Miguel Ángel Aznar—. Usted saldrá mañana hacia San Francisco con el profesor Stefansson, y los demás les seguiremos sin prisa en nuestro "CÓNDOR".

—Bueno, pero volveremos a encontrarnos en Nueva York, ¿no es cierto? —dijo la muchacha arrancando una margarita del inmediato macizo.

—Su piloto debe encontrarse ya restablecido, en cuyo caso seré reintegrado a mi unidad.

— ¿Entonces? —murmuró Bab con apuro.

—Hemos vivido horas amargas y otras felices. Nunca olvidaré esta aventura... ni a usted. Tal vez deba decírselo ahora, o no tendré ocasión de hacerlo nunca. Bab, me gusta usted. Me gustan su valor y su entereza, su fortaleza de ánimo y su serenidad frente al peligro. También me gustan sus ojos, y sus piernas... y creo que hasta cuando saca su endiablado genio me gusta. En fin, yo creo que me he enamorado como un tonto de usted.

— ¡Oh, Miguel! —exclamó la chica echándose a reir. Le puso sus manos sobre los hombros y le miró con pupilas húmedas a los ojos.

— ¿Por qué no me pide que me case con usted? ¿Es que acaso no lo desea?

— ¡Válgame el cielo... SI! —exclamó el aviador

Los dos jóvenes cuerpos se fundieron en un estrecho abrazo y los labios se buscaron hasta encontrarse en un beso largo y apasionado.

F I N